

ACTAS DEL CONSEJO SUPERIOR DE LA SOCIEDAD SALESIANA

SUMARIO

I. Carta del Rector Mayor

Reacciones a la última carta del R. M. — Encuentro fraterno de generaciones — Experiencia del « segundo noviciado » en América Latina — Volver a descubrir la oración — No perder el contacto con la fuente — El dramático problema del « subdesarrollo » — La « geografía » del hambre — Los pueblos subdesarrollados toman consciencia de su situación — El subdesarrollo no es solamente un hecho económico — La valiente presencia de la Iglesia — La Congregación frente al subdesarrollo — La acción concreta de la Congregación — Renovado compromiso de la Congregación hacia el futuro — Una responsabilidad común — Ninguna colusión con la riqueza, con el poder — Siempre en el ámbito de la caridad — Librarse de una mentalidad burguesa — Pagar personalmente — Aclaremos las ideas acerca de nuestro apostolado — Nuestra vocación de « educadores » — Una fórmula siempre válida — Una educación liberadora — Hagamos un examen de conciencia — Eduquemos a los jóvenes para la socialidad — Nuestra preferencia es siempre para los pobres — « Integración » de las diversas obras — Enfrentarse con valor a la realidad — Notas.

II. **Capítulo General Especial** (en este número nada de particular).

III. **Disposiciones y normas** (en este número nada de particular).

IV. Comunicaciones

Normas para el « Ordo Missae et Officii » de 1971 — Nuevos Obispos salesianos — Nombramientos de Inspectores — Solidaridad fraterna.

V. **Actividades del Consejo Superior e iniciativas de interés general.**

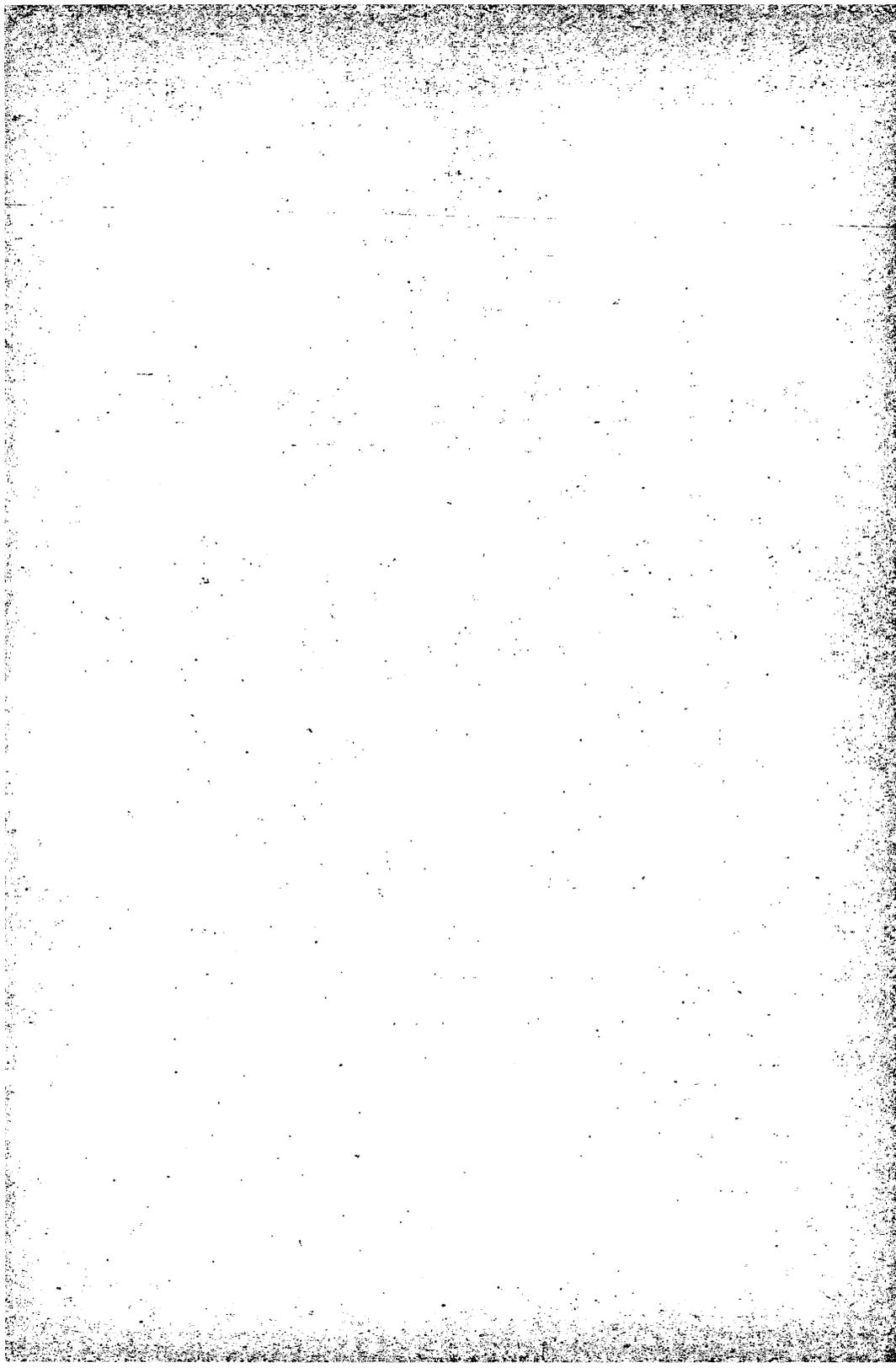
VI. Documentos

Carta de los hermanos que participaron al « Curso de actualización ascético-pastoral » en América Latina.

VII. Magisterio Pontificio

Actitud cristiana de valentía ante la verdad en esta hora de crisis — La fe y la esperanza: fuerzas animadoras del dinamismo humano y cristiano — El Concilio nos ha llamado de nuevo a la virtud personal y eclesial de la pobreza — Aspectos positivos de un tiempo de prueba — Las tentaciones del ateísmo — « Aggiornamento » en la fidelidad, programa del posconcilio.

VIII. **Necrologio** (2º elenco del 1970).



I. CARTA DEL RECTOR MAYOR

Turín, julio de 1970

Hermanos e hijos carísimos,

diversas circunstancias me han obligado a dilacionar este periódico encuentro con vosotros, encuentro muy querido para mí, y muy grato y útil, así lo espero, para vosotros.

Reacciones a la última carta del Rector Mayor

Mi carta del pasado marzo sobre la « crisis de las vocaciones hoy », como pude darme cuenta por la enorme cantidad de cartas que me llegaron, ha provocado casi en todas partes reacciones positivas con una mayor conciencia de la responsabilidad inherente a cada uno de nosotros en el cuidado constante de su propia vocación ante todo, y juntamente de la de los hermanos que viven en la comunidad, y de aquellos que, por el contacto tenido con nosotros, sienten el deseo de seguir de cerca a Jesús con el carisma de Don Bosco.

Entre las muchísimas cartas que me llegaron acerca de este vital argumento quiero elegir una que me parece sumar los sentimientos expresados por muchos hermanos. Su autor es un joven hermano estudiante de una Universidad Pontificia. Pienso que a todos agrada que refiera los pasos más significativos: me parece encontrar aquí aquel sereno equilibrio que es la condición primera para el trabajo constructivo que cada uno de nosotros debe en estos momentos brindar como contribución personal a la Congregación.

« ... Quisiera sintetizar todo lo que he experimentado meditando sus palabras en un « gracias » que al mismo tiempo quiere ser una promesa de compromiso para traducirlas en vida. Gracias sobre todo por la comprensión tan honda de los problemas y de las inquietudes que agitan a los jóvenes salesianos. Su carta nos hace ver que su

pensamiento pasa por las dos caras de la Congregación en un movimiento alternativo: después del análisis sufrido y amorosamente severo de las exageraciones, de las debilidades, de las imprudencias, viene inmediatamente la comprensión de todo lo que es válido; pues es natural que pensando en los muchos salesianos fieles se imponga el optimismo. Ud. sabe muy bien que hay muchos jóvenes que buscan con sinceridad y con amor un camino; Ud. sabe que tras los ímpetus propios de la edad y el mismo entusiasmo, se esconde una auténtica voluntad de lograr que el carisma de Don Bosco penetre nuestro mundo para salvarlo. Pienso en Don Bosco que ha orientado con grande comprensión los ímpetus de un Cagliero y de un Magone!

Por desgracia se oyen únicamente a los que protestan porque están amargados y muchas veces nosotros los jóvenes somos juzgados en masa por unos pocos. Estoy profundamente convencido que muchos clérigos suscribirían estos sentimientos y es cabalmente por eso que le dirijo estos renglones en nombre de los que no gritan, pero que trabajan para cambiar lo que debe ser cambiado. Su carta nos ayudará a comprometernos más todavía; en el silencio de la meditación sus palabras producirán un bien inmenso.

Pienso que su palabra hará reflexionar también a nuestros mayores y sobre todo lo hará su ejemplo. Un compañero una vez me decía: — El tal sacerdote me ha reconciliado con la Congregación! — Necesitamos a esos salesianos que nos reconcilien con la realidad, con nosotros mismos; y esto no quiere decir que admitan todo..., Ud. lo comprende. El « traspaso », este es nuestro problema vital. Nosotros los jóvenes no podemos arrancar de la nada; hay valores que se deben absolutamente « traspasar », porque constituyen la Congregación.

Se dice que el futuro está en nuestras manos, pero yo diría que está de igual manera en la manos de nuestros mayores; lo decía Ud. mismo en cierta ocasión, que los hijos se asemejan al fondo de los pensamientos de sus padres. Si el futuro no se puede construir sin el pasado, nuestro futuro no depende únicamente de nosotros. El único clima para este « traspaso » en el espíritu de familia y la comunidad; el querer evitar ser masa, no debe hacernos perder la comunidad y llevar directamente al individualismo. Tengo miedo, y muchos conmigo, que la exagerada búsqueda de la técnica de organización, no obstante la voluntad de ser democrática, corra el riesgo de matar lo que muchos nos envidian: la familiaridad. Un religioso me decía: — Vosotros

podéis tener todos los defectos que queráis, pero si perdéis ese espíritu de familia, ya no seréis salesianos...! —

... Muy amado Padre, yo creo que muchos otros, jóvenes, como su servidor, esperan con gratitud sus palabras de optimismo y de orientación. Ciertamente le llegará también algún grito de protesta, directa o indirectamente. Pero en la dificultad y en el dolor, que es dimensión esencial de cualquier autoridad en este tiempo (estoy pensando al pobre Papa!), escuche con su oído atento este grito silencioso, que no hace ruido, y que le llega de tantos jóvenes salesianos que están con Ud. Siga adelante, padre, que al final es la verdad la que triunfa en el íntimo del alma, allá en donde no nos importa la popularidad y la apariencia superficial de una modernidad demagógica, cuya falsedad no resiste frente a una meditación profundamente sincera... ».

Encuentro fraterno de generaciones

Esta larga cita invita a todos, jóvenes y ancianos, a reflexionar. En la sincera y humilde búsqueda del verdadero bien de la Congregación, en la cual cada uno tiene algo positivo que dar y recibir, en el encuentro fraterno entre las diversas generaciones y mentalidades, conscientes de ser todas necesarias, pero al mismo tiempo todas complementarias, y sobre todo en la caridad vivida *verbo et opere, corde et animo* en cada una de nuestras comunidades, nosotros encontraremos el camino seguro para dar empuje, vigor y fecundidad a nuestra vocación hoy más que nunca válida y rica de interés.

Con respecto a la caridad os diré complacido que de muchos Capítulos Inspectoriales he recibido noticias y detalles muy consoladores: aquellas jornadas de estudio, discusiones y debates han sido caracterizadas, es cierto, por mucha franqueza y libertad, y se han tratado temas difíciles y delicados, pero todo se ha desarrollado en un clima de filial apego a la Congregación y de grande caridad fraterna, que se traducía en respeto recíproco, aún en la diversidad de opiniones, y a veces en salesiana alegría.

Concluyendo este punto quisiera todavía subrayar: se nos presentan problemas innumerables y complejos, urgentes, que interesan la vida misma de la Congregación y de cada Inspectoría; no podemos evitarlos, ni subestimarlos; debemos enfrentarnos a los mismos para hallar una solución adecuada. Pero el método seguro para resolverlos es uno solo:

integrarnos, ayudarnos, juntando todas las energías con la única finalidad, no de alimentar tensiones emocionales, no de ahondar abismos, sino de echar puentes para lograr superar los obstáculos y las dificultades: en la unión de todas nuestras fuerzas — y son muchas y muy válidas — encontraremos la salvación. En la desunión no llegaremos sino a una muy triste desintegración.

Experiencia del « segundo noviciado » en América Latina

Pasado a otro argumento, ciertamente supisteis que en esos últimos meses estuve algunas semanas en América Latina: entre otras cosas tuve el gusto de encontrarme con los hermanos sacerdotes que estaban haciendo el primer experimento del así llamado « segundo noviciado », propuesto por el Capítulo General XIX.

Debemos admitir, si bien con las limitaciones e imperfecciones ajenas a cualquier experimento, máxime si es completamente nuevo, que los hermanos que han participado en él están de acuerdo en reconocer las grandes ventajas que han sacado del mismo. Destaco algunos juicios significativos que los participantes han querido anotar al concluir este « Curso de actualización ascético-pastoral » (es el nombre que se le dió al segundo noviciado).

« Ha sido un bien fundamental que al curso se haya dado una orientación con preferencia espiritual, con bases teológicas. Las clases de teología moderna, de teología bíblica y moral, de psicología religiosa, nos han abierto horizontes más amplios y claros sobre la vida cristiana, salesiana, sacerdotal...

Las ideas teológicas que hemos almacenado día tras día nos servirán para actuar mejor en nuestro apostolado, sobre todo porque la teología, gracias al maestro, la hemos transformado en vida...

Hemos tenido tiempo y modo de reorganizar nuestra vida, reconociendo nuestros grandes límites, que obstaculizan la eficacia de nuestra acción...

El curso con las horas de reflexión y de estudio, me ha dado mayor seguridad en el sacerdocio, haciendo más responsable mi compromiso con Cristo...

Se ha vivido una auténtica hermandad religiosa, conservando el diálogo entre superiores y hermanos y una mutua comprensión en sobrellevarnos con nuestras diferencias de carácter...

Ejemplar la prestación en el servir a la mesa, en la limpieza y la dedición de muchos hermanos que se entregaron por completo a la buena marcha del curso, trabajando horas y horas... ».

Una síntesis de todos los diversos y positivos juicios sobre el Curso me parece hallarla en la carta colectiva que los Hermanos han querido dirigir, por mi conducto, a todos los hermanos de la Congregación.

« ... Hemos comprobado — dicen ellos — tras la reflexión y el estudio, la necesidad que tiene la Congregación de llenar un vacío espiritual que el trabajo y la prisa con que vivimos impide ver en toda su temible realidad. Estamos persuadidos que sin una profunda base espiritual, nuestro trabajo apostólico es cada vez menos eficaz, y en un ambiente cambiante como este en el que vivimos, nuestra creatividad apostólica disminuye.

Estamos profundamente satisfechos, y sinceramente, llenos de alegría y entusiasmo. Fue un encuentro con Dios, con nosotros mismos, con la Congregación, con los hermanos, a nivel de Iglesia, y de este encuentro salimos revitalizados y enriquecidos en todos los campos ».

Volver a descubrir la oración

Después de las palabras tan llenas de esos queridos hermanos deseo agregar una consideración que por otra parte repite un motivo dominante que se encuentra (y se comprende fácilmente el porqué) antes que en mis discursos, intervenciones, circulares... en los del mismo Santo Padre y de quienes sienten, especialmente hoy en día, la grave responsabilidad de guiar almas religiosas.

De todos los encuentros que tuve ya con cada uno de los participantes, ya con la comunidad en conjunto y también con los miembros del equipo responsable del curso, apareció con mucha evidencia un sentimiento alegre y sincero: los hermanos del « Curso de actualización » eran felices y profundamente agradecidos a la Congregación, porque en los seis meses transcurridos en San Antonio de los Altos, mientras se habían dado cuenta del vacío que se había producido, con el pasar de los años, en la intimidad de sus almas por una vida demasiado activa y de mucho movimiento, habían vuelto a descubrir con mucho gozo el valor de la oración. Es el grande llamamiento que nos llega de San Antonio de los Altos.

Nuestro P. Aubry en su condensado libro: *Teologia della vita reli-*

giosa pone en evidencia que la vida de oración del religioso de vida activa (es nuestro caso), en línea con el *Perfectae Charitatis*, no puede concebirse como algo separado: el vínculo entre oración y acción es ahora más sólido porque ha llegado a ser intrínseco. Pero en seguida agrega que este nuevo aspecto de la oración nada le quita a su necesidad absoluta; y esto, ya sea por la naturaleza de nuestra vocación de consagrados, de personas por ende entregadas a Dios (y la oración es una forma viva y eficaz de entrega a Dios), ya sea para alcanzar, en la fuente viva que emana del contacto con Dios, las energías indispensables en la lucha cotidiana contra las fuerzas del maligno, ya sea por último para la eficacia y la fecundidad de nuestro apostolado mismo, de cualquier apostolado.

No perder el contacto con la fuente

Hace falta, en efecto, recordar que cada uno de nosotros no es más que un « enviado », un instrumento; si el Salesiano, como por otra parte cualquier apóstol, se separa de su fuente, ya no es nada: « Sin mí nada podéis hacer ». Son palabras que en la luz de la experiencia cotidiana se presentan en toda su terrible realidad.

Tenemos a la vista casos muy tristes de elementos brillantes, muy activos, que suscitaban también admiración y aplausos, pero que con el pasar de los años se han míseramente derrumbado: no había más que vacío...

No queda entonces sino verificar incesantemente junto al Maestro la autenticidad de nuestra « dependencia » de El, puesto que, hoy más que nunca, es demasiado fácil el « pecado apostólico » de la búsqueda de sí mismo y de la preferencia por las propias opiniones personales. Y es cabalmente ese pecado que crea las ilusorias apariencias de una actividad apostólica fecunda tanto para el apóstol como para las almas.

Debemos convencernos de esto: sólo en la oración se realiza aquel « contacto » por medio del cual el apóstol, el salesiano, vive el « misterio », que debe vivir él antes que anunciarlo a los demás; no se trata en efecto de transmitir una lección preparada con diligencia y repetida correctamente, o de una cualquier función ejecutada con precisión; se trata de un « testimonio », y, hasta un cierto punto, de una comuni-

cación de experiencia vital. Las palabras de Juan expresan con extrema claridad dicha realidad: « Lo que nosotros hemos visto y palpado, eso es lo que os anunciamos » (1).

En fin quisiera, carísimos, que de toda la experiencia de los hermanos del « Curso de Actualización » sacáramos una vez más una profunda y concreta convicción: el salesiano que no reza es un contrasentido; su acción, cualquiera que sea, está destinada a degradarse en un activismo simplemente humano: será la acción de un motor que acciona en vacío: no produce y acaba por quemarse.

Pero miremos a muchos hermanos quienes, aún cuando no conozcan « escuelas y problemáticas de espiritualidad », viven con sencillez y coherencia la fe, no racionalizando, sino escuchando humildemente la palabra de Dios, y por lo tanto están en contacto filial y confiado y corroborante con el Padre y con Jesús, su hijo y nuestro hermano.

La Congregación, gracias a Dios, posee muchos de tales hermanos: muchos de ellos realizan en el apostolado auténticas maravillas, no obstante situaciones a veces muy delicadas. Es el fruto evidente del « incremento » que procede únicamente del contacto con la fuente de la verdadera vida.

El dramático problema del « subdesarrollo »

He hablado de mi viaje por América Latina: una de las finalidades era la de encontrarme, en tres diversas Capitales, con los Inspectores de América Latina, para verificar la actuación de las deliberaciones tomadas en el Encuentro de Caracas en el año 1968.

Un argumento muy importante anhelaba sobre todo tratar en estos encuentros: la posición de nuestra Congregación frente al problema del subdesarrollo.

Hablamos ampliamente del mismo y quedaron fijadas precisas orientaciones con deliberaciones prácticas.

Ahora en esta carta deseo presentar a todos vosotros las grandes líneas de las ideas y de las orientaciones expuestas en las tres reuniones, agregando indicaciones y sugerencias prácticas que pueden interesar un poco a todos.

En efecto todos debemos sentirnos comprometidos por el problema del subdesarrollo, como hombres, como cristianos y más todavía como salesianos.

La gravedad de este problema que no conoce fronteras y que interesa a todo el mundo, y el hecho más sobresaliente aún que ello pone en tela de juicio nuestro carisma y nuestra misión de Salesianos, me inducen a tratarlo como argumento central de esta carta, Y lo hago teniendo muy presentes a los millares de Salesianos que viven y trabajan en aquellas dos terceras partes del mundo en donde reina el hambre...

El « subdesarrollo » y su correlativo « desarrollo » son problemas de mucha complejidad. Los mismos hombres de ciencia no están de acuerdo en la definición o mejor en la caracterización del subdesarrollo.

El P. Leuret, reconocido experto en ese campo, elenca las siguientes características: *a*) baja renta nacional « pro capite », *b*) subalimentación de una parte importante de la población y difusión de enfermedades de masa, *c*) agricultura primitiva, rutinaria, no mecanizada, *d*) escasa densidad de infraestructuras (caminos, producción de energía eléctrica, hidráulica, térmica, movimiento en los puertos, etc...), *e*) escasa industrialización, *f*) analfabetismo, *g*) falta o insuficiencia de técnicos y científicos, etc. (2).

La Encíclica *Populorum Progressio* nos describe en modo dramático algunas de las situaciones infrahumanas que acompañan al subdesarrollo: « las carencias materiales de aquellos que no alcanzan el mínimo viable, y las carencias morales de los destrozados por el egoísmo; las estructuras opresivas, ya sea que procedan de los abusos de la propiedad como de los del poder, de la explotación de los trabajadores como de las injusticias de las transacciones (3). Se crean así situaciones cuya injusticia clama al cielo. Cuando toda una población, desprovista de lo necesario, vive en un estado tal de dependencia que le impide cualquiera iniciativa y responsabilidad, y también toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política, muy grande es la tentación de rechazar con la violencia semejantes injurias a la dignidad humana (4).

La « geografía » del hambre

Se habla hoy en día de una « geografía del hambre », y este trágico mapa congloba a los dos tercios de la población mundial. Naturalmente que hay no pocas diferencias. No todos sufren la suerte inhumana de

aquellos que « deben buscarse cada día el alimento entre las inmundicias o de aquellos a quienes se les recoge cada mañana, muertos por el hambre, en alguna ciudad de Asia ». Pero por doquiera, en esta « geografía », se verifica un trágico denominador que es la escuálida miseria con su serie de enfermedades, ignorancia, atrasos, inseguridad, opresión, etc. Con razón hay quien anota que sería ilusorio hablar de inteligencia y de libertad cuando se da un nivel de vida subhumana. « ¿Cuándo el mundo occidental se hará consciente de este hecho que también la miseria aniquila a la criatura humana, reduciéndola a un envilecimiento infrahumano? ¿Cuándo se dará cuenta perfecta que « libertad » es una expresión sin sentido y vacía para quien vive en una casa que no merece ese nombre, ni tiene verdadero alimento, ni vestidos, ni la mínima posibilidad de educación y de trabajo real? » (5).

En una entrevista a Pedro Gheddo, Mons. Cámara dice: « Yo muchas veces pienso que esos dones divinos (la inteligencia y la libertad) son casi un lujo para quien vive en un nivel subhumano. ¿Para qué sirve en este caso la inteligencia, para qué sirve la libertad? Se dice muy a menudo: — Hay que respetar la persona humana, la libertad del individuo — ¡Muy de acuerdo! pero hay que agregar que se necesitan unas condiciones preliminares para que la persona humana pueda manifestarse, para que la inteligencia y la libertad puedan servir para algo. Para quien vive en un estado de subalimentación todo se atrofia, la inteligencia y la dignidad humana y el sentido de libertad personal... » (6).

Los pueblos subdesarrollados toman conciencia de su situación

Esta situación, grave de suyo, llega a ser gravísima ante todo porque los medios de comunicación social logran que tomen conciencia de la misma, no sólo los interesados, quienes poseen el sagrado derecho de tener los ojos abiertos, sino también la humanidad toda a escala mundial. El Santo Padre ya lo hacía notar al Episcopado de América Latina en 1965: « ... las masas adquieren siempre mayor conciencia de sus miserables condiciones de vida y alimentan, un deseo insuprimible y muy justificado de cambios satisfactorios, manifestando, a veces de manera violenta, una creciente impaciencia que podría llegar a constituir una amenaza para las mismas estructuras fundamentales de

una sociedad bien organizada » (7). Y a los campesinos de Colombia, en ocasión del Congreso Eucarístico de 1968, decía: « Nosotros conocemos las condiciones de vuestra existencia: para muchos de vosotros son condiciones miserables, a menudo inferiores a las necesidades normales de la vida humana. Ahora vosotros nos escucháis en silencio; pero nosotros escuchamos el grito que sale de vuestros sufrimientos y de los de la mayor parte de la humanidad ». Y después de recordar lo que la Iglesia había hecho en tiempos pasados con sus Encíclicas Sociales, agregaba: « Pero hoy el problema se ha hecho más grave aún, porque vosotros habéis tomado conciencia de vuestras necesidades y de vuestros sufrimientos y, como muchos otros en el mundo, no podéis tolerar que estas condiciones deban durar siempre y no se les pueda en cambio encontrar solícito remedio » (8).

El sociólogo P. Houtart da esta explicación: « Gracias a la generalización de los medios de comunicación que permiten rápidos intercambios, tanto materiales como ideológicos, la humanidad vive una vida con dimensiones planetarias. Si el fenómeno nos lleva a comprobar la unidad del género humano no obstante las diferencias culturales, ello implica también ineluctablemente que se tome conciencia de los desequilibrios que dividen al mundo de hoy. El hombre de los países del Tercer Mundo ha sufrido hasta el presente física y moralmente los efectos de estos desequilibrios. Pero la situación es peor todavía cuando se descubren las causas íntimas. ¿Por qué maravillarnos entonces al ver crecer el sentimiento de una profunda injusticia? » (9).

A aumentar esta gravedad contribuye también la creciente desigualdad entre ricos y pobres, tanto en los individuos como en las naciones. Alguien pudo afirmar que la pobreza es un subproducto del bienestar y que los países subdesarrollados constituyen en parte el tributo pagado al desarrollo de los demás. Así, mientras algunos aumentan la riqueza y el bienestar, los demás se hunden, con vertiginosa progresión geométrica, en la miseria.

La *Populorum Progressio* lo declara valientemente: « Hay que darse prisa: demasiados son los hombres que sufren, y aumenta la distancia que separa el progreso de unos y el estancamiento, cuando no el retroceso, de los demás » (10). Y recuerda que no es suficiente para resolver la situación la sola iniciativa individual y el simple juego de las competiciones: « No se debe correr el riesgo de acrecentar ulteriormente la riqueza de los ricos y el poderío de los fuertes, aumentando la miseria

de los pobres y haciendo más pesada la servidumbre de los oprimidos » (11).

Para tener confirmación de estas angustiosas realidades basta mirar las estadísticas. Cito solamente una, que dice muchísimo: en 1939 el nivel de vida en los Estados Unidos superaba 15 veces el de la India; actualmente lo supera 35 veces!

El subdesarrollo no es solamente un hecho económico

Las citas anotadas acentúan principalmente el aspecto económico, el hambre, la miseria. Este es ciertamente un aspecto muy importante del subdesarrollo; pero no el único. Lo dice claramente la *Populorum Progressio*: « El desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Para que pueda ser desarrollo auténtico debe ser integral, que significa dirigido a la promoción de cada hombre y de todo el hombre » (12). Debe ser por lo tanto promoción cultural, social, política, a la que debemos naturalmente agregar la moral y religiosa.

La ignorancia religiosa, por ej., con todas sus consecuencias en el sector de la conducta moral, social y cívica, representa también un aspecto de subdesarrollo. Lo dice abiertamente Mons. Huyghe cuando afirma que los pobres no deben ser identificados únicamente con los que carecen de bienes económicos. Pobres, dice, no son solamente « aquellos que están desprovistos de bienes de fortuna o de seguridad en su trabajo, sino también todos aquellos que carecen de los bienes esenciales a la vida humana y sobrenaturales y que nosotros poseemos. Los pobres son aquellos que no logran nunca saciar su hambre, aquellos que no tienen aposento bueno, aquellos que por las condiciones de su trabajo se hallan en un continuo estado de inseguridad. Pobres son aquellos a quienes nadie quiere, aquellos cuyo hogar ha sido arruinado o que nunca lo tuvieron, aquellos que viven en el desierto del corazón. Pobres son aquellos a quienes no sostiene la estima de los demás. Pobres, por último, son aquellos que no poseen la luz de la vida divina y no saben que el Cristo viene sobre todo por ellos y llama a la puerta de su vida... » (13).

Está además el hecho de la delincuencia juvenil y ahora el difundirse de la droga. Son, en cierto sentido, aspectos del subdesarrollo. Aún cuando la droga sea sobre todo un producto de la así llamada sociedad

del bienestar, hállase también muy difundida en el ambiente de la miseria. Las raíces son diversas, pero surten el mismo resultado. Los vividores recurren a la misma porque no están satisfechos todavía de los paraísos artificiales; y los miserables porque tal vez buscan en la misma una evasión para sustraerse a su infeliz situación.

La valiente presencia de la Iglesia

No es de hoy el interés de la Iglesia por los problemas sociales. Todos recordamos las célebres Encíclicas Sociales, desde la *Rerum Novarum* hasta la *Populorum Progressio*. Pero ante la urgencia y aumentada gravedad mundial del problema, la Iglesia ha reaccionado de una manera muy activa. Baste recordar, además de la *Mater et Magistra*, la *Pacem in terris*, la ya citada *Populorum Progressio*, la *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II, los Documentos del Episcopado latinoamericano reunido en Medellín en el año 1968, los documentos de las Conferencias Episcopales Africanas y Asiáticas.

En esos documentos la Iglesia ha denunciado valientemente la situación y los abusos anejos, ha condenado las injusticias y ha dirigido un llamado a todos los hombres de buena voluntad para que se unan en la lucha contra el subdesarrollo. « Los pueblos del hambre interpelan hoy de una manera dramática a los pueblos de la abundancia. La Iglesia se estremece escuchando este grito de angustia e invita a todos para que contesten con amor al hermano! » (14). Denuncia el escándalo de las clamorosas desigualdades, no solamente en el goce de los bienes, sino más todavía en el ejercicio del poder. Mientras una oligarquía goza, en ciertas regiones, de una civilización refinada, el conjunto de la población, pobre y desamparada, queda privada de cualquier posibilidad de iniciativa personal y de responsabilidad, y muchas veces está obligada a condiciones de vida y de trabajo indignas de la persona humana (15).

Los documentos de Medellín estigmatizan « la falta de solidaridad que, en el plano individual y social, lleva a cometer verdaderos pecados cuya cristalización aparece evidente en las estructuras injustas que caracterizan la situación de América Latina » (16).

El Santo Padre prometió a los campesinos de Colombia: « Nosotros seguiremos denunciando las inicuas diferencias económicas entre ricos

y pobres; los abusos de autoridad y administración en contra de vosotros y de la colectividad. Nosotros seguiremos alentando los propósitos y los programas de las Autoridades responsables y de las Organizaciones internacionales, como también de las Naciones acomodadas en favor de las poblaciones en vía de desarrollo » (17).

Todo esto nos demuestra una renovada sensibilidad en la Iglesia, después del Concilio Vaticano II, frente a la dramática situación en que se encuentran millones de hombres.

Es de ello una comprobación autorizada, si bien no única, la palabra del Card. Léger, quien, como todos saben, a este propósito ha querido pagar personalmente. El afirma: « De todo lo que el Concilio puede inspirar de bien, nada me parece más importante que la actitud radicalmente nueva frente al problema de la pobreza. Antes bien debemos decir que el Concilio habrá sido inútil si no lograra sacudirnos del sueño para que nos hagamos a esta nueva actitud » (18).

La Congregación frente al subdesarrollo

A este punto parece lógico preguntarnos: — Frente a ese fenómeno que interesa muchísimo a la Iglesia, ¿cuál ha sido la posición de la Congregación en el pasado y cuál es hoy en día? —.

Hay que reconocer que, por un conjunto de causas, solamente en estos últimos años ha sido puesto el problema en esos términos en que hoy lo conocemos. Pero, para ser sinceros, la preocupación y consiguientemente el trabajo de Don Bosco para con los jóvenes, nació de una situación de subdesarrollo, y cabalmente del encuentro en las cárceles de Turín con jóvenes delincuentes, fruto de un ambiente de depresión y del abandono moral en el que vivían.

Este hecho nos autoriza a contestar sin más que el problema de los pobres es inherente al carisma de la Congregación desde sus comienzos. Nos lo confirma el mismo Don Bosco en las « Memorias del Oratorio ». Habiendo ingresado en las cárceles, bajo la guía de D. Cafasso, para ejercer el ministerio sacerdotal, quedó tan impresionado por la condición de aquellos pobres jóvenes que empezó a pensar seriamente sobre el modo de prevenir aquella dramática situación (19). Empezado el Oratorio decidió valientemente lo que se debía hacer. « Fué entonces — escribe — que pude comprobar que si los jovencitos, saliendo del

lugar de castigo, encuentran una mano bienhechora, que se encarga de ellos, los cuida en los días de fiesta, trata de encontrarles trabajo con algún maestro honesto y visitándolos alguna vez a lo largo de la semana, he aquí que estos jovencitos llevan una vida honrada, olvidan el pasado, llegan a ser buenos cristianos y honestos ciudadanos » (20).

Esta motivación de preservar de la delincuencia la repite siempre Don Bosco cuando describe su obra y subraya sus ventajas.

He aquí algunas citas entre las muchas que se podrían entresacar de los dichos y escritos de Don Bosco. Las tomo de sus *Cartas* porque me parece que reflejan más vivamente y más fielmente su pensamiento.

Al Dr. Carranza, Presidente de la Sociedad de S. Vicente en Buenos Aires, escribía en 1877: « La experiencia nos ha convencido que es este el único medio para defender a la sociedad: cuidar a los niños pobres. Recogiendo a muchachos abandonados disminuye la vagancia y disminuyen los rateritos... y aquellos que tal vez irían a llenar las cárceles y que serían por siempre el flagelo de la sociedad civil, se hacen buenos cristianos, honestos ciudadanos, gloria del país en donde viven, honra de la familia a la que pertenecen, ganándose el pan con el sudor y el trabajo honesto » (21).

Una carta al hermano del P. José Vespignani nos deja entrever su valor y su audacia y decisión cuando se trata de salvar a los jóvenes: « En lo que es de utilidad para la juventud en peligro o sirve para ganar almas para Dios, yo llégo hasta la temeridad. Luego su proyecto de empezar algo que sirva para los niños pobres y en peligro, para evitarles ser llevados a la cárcel, hacerlos buenos ciudadanos y buenos cristianos, es cabalmente la finalidad que nosotros nos proponemos » (22).

Para él « la porción más digna de la sociedad, son los hijos del pueblo ». Así se expresa en una carta al Prefecto de Turín en fecha 3 de enero de 1873.

La acción concreta de la Congregación

Es natural que nos preguntemos a este punto cómo la Congregación ha correspondido en sus más de cien años de vida a tal vocación y misión. Me parece que, por un sentido de honestidad y de objetividad, y por un sentido de justicia hacia los millares de hermanos que han

construido la Congregación en la línea trazada por Don Bosco, se pueda contestar que ella, en su conjunto, aún con todas las inevitables humanas deficiencias, ha correspondido fielmente. Repito, en el conjunto de todo su amplísimo y complejo desarrollo en el tiempo y en el espacio. Por tanto no quiero absolutamente ignorar algunas hipertrofias de obras orientadas en un sentido que no da claro testimonio del carisma salesiano, y consiguientemente una cierta atrofia de aquellas obras congeniales y características del carisma salesiano, en determinadas zonas del mundo en donde el mismo actúa. Es una realidad que es necesario examinar atenta y serenamente para programar una acción más apta para rectificar, corregir y mejorar a fin de organizar en todas partes el conjunto de nuestras obras en la línea auténticamente salesiana.

No hace mucho todavía yo mismo repetía que en ciertas zonas de nuestro mundo hace falta un generoso « viraje » para sentirnos en la línea auténtica de Don Bosco. Y no puedo más que confirmar esta palabra. Pero, dicho esto, pienso que con toda sinceridad no se puede no rechazar ciertas contestaciones y diría rechazos globales de la Congregación, como si ella, en su conjunto, se hubiese alejado de la línea trazada por Don Bosco, la de los pobres. No creo que sea este el lugar para presentar una estadística de las innumerables obras que en los diversos continentes los Salesianos han promovido y organizado para los pobres. A su tiempo espero que se podrá tener una estadística completa y al día, no con miras exhibicionistas, sino por un deber de gratitud hacia los hermanos que se han entregado a tantas obras de bien; y al mismo tiempo para presentar una muestra de nuestras numerosas actividades en bien de aquella que Don Bosco llamaba « la porción tal vez más digna de la sociedad, los hijos del pueblo ».

Se podrá constatar con evidencia como el nombre de la Congregación salesiana vaya con todo derecho unido al de la juventud pobre y abandonada, al cuidado y promoción de los pobres, aún cuando no en todos los países esto suceda en la misma proporción y con las mismas formas.

Que yo os haga estas aclaraciones, queridos hermanos, puede parecer fuera de lugar, casi un triunfalismo inútil. Pero, repito, considero un deber de justicia y de honestidad hacerlas. Debemos ser críticos severos de nosotros mismos y no escondernos los defectos y los límites que nuestra Congregación y nuestra acción sin duda tienen. Yo en primer lugar quiero señalar con claridad defectos, desviaciones y abusos. Pero

observo con pena a veces actitudes de un espíritu crítico que juzgo excesivo respecto a la Congregación, de una forma de autolesionismo, de una cierta aspereza en juzgar obras e iniciativas de la misma.

Ciertamente hay mucho que corregir, como decía antes, hay orientaciones que cambiar, y el Capítulo General Especial podrá enfrentarse con ideas fundamentales y dictaminar consiguientemente sobre directrices comunes.

Pero ciertas críticas y juicios generalizados que pretenden acusar la Congregación de desviación, como si nada hubiese hecho por los pobres, por la juventud abandonada; y más aún como si hubiese traicionado su misión, su espíritu de los orígenes, no son ni justos ni objetivos. Muchas veces proceden de quien tiene menor capacidad de dar juicios responsables o por su joven edad o por el limitado conocimiento de toda la Congregación, por desconocer la verdadera situación de la misma en su conjunto.

Renovado compromiso de la Congregación hacia el futuro

Pero si es cierto que nuestra Congregación no puede ser acusada de un pasado negativo frente al fenómeno del subdesarrollo, debemos reconocer que hoy este fenómeno se presenta con características nuevas, especialmente por la conciencia que ya se tiene del problema, en plan mundial, sea de parte de los mismos pueblos subdesarrollados, como de los adelantados y desarrollados. Frente a este despertar, felizmente impulsado por el Concilio Vaticano II y el Santo Padre Pablo VI, es natural que nos preguntemos: — ¿Qué se propone la Congregación Salesiana para cumplir con sus responsabilidades en este sector tan crítico y tan conforme a su vocación? —.

Es evidente que el Capítulo General Especial se planteará este problema en todo su alcance; pero creo que se puedan dar ya desde ahora algunas respuestas precisas.

Deseo ante todo anticipar una especie de principio general, del cual siguen muchas consecuencias, de las que enunciaré la más importantes.

La lucha contra el subdesarrollo pertenece a la esencia misma de la Congregación salesiana. Ella se siente por lo tanto comprometida a fondo en la misma. Pero lo debe realizar conforme a su carisma, o sea en la línea, en el estilo, en el espíritu de Don Bosco y luego con valor, con inteligencia, con realismo y siempre con caridad.

Como podéis bien comprender, carísimos hijos, lo que he dicho no es una frase retórica que puede dejarnos indiferentes, sino que es, y debe ser, un principio vital, lleno de consecuencias, que debe traducirse en una línea de acción y de conducta.

Ante todo la actitud de la Congregación ante el problema del espíritu es de interés, de preocupación, de compromiso.

Una responsabilidad común

Este compromiso no es, ciertamente, algo artificial, ficticio, postizo. No es una actitud secundaria. Es vital, inherente al mismo ser del salesiano. Cuando se habla de Congregación salesiana o de salesiano, se debe hablar de « compromiso », preocupación por la liberación de la juventud abandonada, y por tanto por la lucha contra el subdesarrollo.

Esto no significa naturalmente que el Salesiano deba vivir en continua tensión, que deba considerar la lucha revolucionaria como una de sus componentes estructurales. Absolutamente no! Compromiso para nosotros significa que cada salesiano, si quiere ser verdaderamente tal, debe sentir y asimilar a lo largo de su formación una auténtica y concreta vocación de servicio a los hermanos más necesitados.

Este compromiso es de toda la Congregación. Luego no sólo los hermanos que trabajan en las misiones o en obras a contacto más directo e inmediato con los pobres deben poseer esta preocupación. No solamente los hermanos que viven en las zonas subdesarrolladas deben comprometerse en la lucha contra el subdesarrollo. Esta es una « misión » y una « vocación » de la Congregación, y por lo tanto de todos y cada uno de los hermanos.

Surge como primera consecuencia la solidaridad de toda la Congregación en la obra de « liberación ». De este argumento ya he hablado muchas veces y creo suficientemente. Por eso no insisto. Quisiera únicamente recordar que esta solidaridad tiene un alcance mucho más amplio que la simple ayuda económica, y que no debe reducirse ni a una organización mecánica ni a una determinada época del año. Se trata en cambio de una hermosa posibilidad para conservar vivos y activos los profundos vínculos dentro de nuestra familia y de nuestra vocación; para conservar encendida una llama que nace de nuestro íntimo ser de salesianos. Este sentido de la « solidaridad », profundi-

zado y asimilado, tiene la posibilidad de desenvolverse en aplicaciones muy amplias y muy valederas por cierto.

La iniciativa de los « Voluntarios » para América Latina es una de estas aplicaciones muy eficaces. También este año más de cincuenta hermanos, que vienen de muchas Inspectorías, y no sólo europeas, marcharán en ayuda de los hermanos que trabajan en el Tercer Mundo.

Pero es necesario precisar que este compromiso para debelar el subdesarrollo no requiere que todas las obras de la Congregación se encuentren en el mismo frente de batalla, que sean del mismo alcance, entidad y al servicio de las mismas categorías.

Ya hemos precisado que el concepto de « pobre » se extiende a más que a la simple falta de medios económicos, y abraza toda una serie de aspectos que no pueden identificarse con el hambre y con la miseria solamente. En la Congregación existe, a este respecto, un cierto pluralismo, debido a la diversidad de situaciones locales y nacionales. Con eso no se quiere justificar sin distinción todas las obras que existen actualmente, ni se quiere afirmar que todas corresponden plenamente a nuestro carisma. Pero tampoco se puede exigir que todas las obras se dirijan a la misma categoría de personas.

Para corroboración ninguna voz puede ser más autorizada que la misma de Don Bosco. En una Relación al Prefecto de Turín, contestando a cuestiones acerca de la controversia sobre las escuelas gimnasiales del Oratorio, Don Bosco, después de haber demostrado que « aparece claramente ser el Oratorio Salesiano por su finalidad un Instituto de beneficencia en pro de la juventud abandonada », agrega más adelante: « Para completar esta respuesta creo necesario anotar que Don Bosco tiene en diversas partes de Italia otros Institutos de educación, los cuales, por ser destinados a clases de condición media, reciben la pensión regular de 24 liras al mes o hasta más, contando con la enseñanza de Profesores con títulos legalizados. Pero con ellos no debe confundirse, como alguien quiso hacer, el Oratorio de Turín, completamente diverso por finalidad y por condición » (23).

Ninguna colusión con la riqueza, con el poder

Otra consecuencia muy importante que debe deducirse del principio anotado más arriba es la siguiente.

La Congregación no quiere ninguna colusión con la riqueza, ninguna

atadura con los ricos y los poderosos que nos quite nuestra libertad.

La Congregación no quiere, no puede querer nuestra indiferencia frente a las injusticias, dondequiera se encuentren: económicas, políticas, sociales.

No puedo disimular que esta afirmación categórica, hecha por el Rector Mayor, adquiere un alcance muy particular que podría desconcertar a más de un hermano. Deseo por lo tanto precisar bien mi pensamiento, para evitar equívocos y malentendidos.

Empecemos con decir que esta « no-colusión » con la riqueza, esta « no-indiferencia », esta « no-soportación » de los injusticias debe siempre quedar en la línea, en el estilo, y en el espíritu de Don Bosco.

¿Qué significa concretamente?

Miremos a la actitud de Don Bosco. Dos denominadores caracterizan siempre su manera de obrar: la caridad y la libertad de espíritu.

Caridad con todos: con los pobres en primer lugar, pero también con los ricos. Don Bosco nunca fue, en ninguna ocasión, sembrador de odio. Don Bosco que vivía entre los muchachos más abandonados de Turín, siendo él mismo proletario y campesino, nunca se jactó de demagogo ni de clasista. Cualquiera forma de odio de clase estaba muy lejos de su manera de pensar. Y decir que Don Bosco era profundamente democrático y popular, por nacimiento, por misión, por vocación instintiva hacia el « pueblo », y sobre todo porque sentía como nadie las aspiraciones de los trabajadores, que vivían del fruto de su trabajo de cada día y producían la riqueza sin poseerla.

Tuvo muchas relaciones con los ricos. Los frecuentaba. De ellos logró los medios económicos que le concedieron desarrollar su casi milagroso apostolado. Pedía con delicadeza y, en su humildad, manifestaba gratitud aún para la más pequeña oferta.

También con los políticos, en tiempos por demás difíciles y borrascosos, tuvo frecuentes contactos. Pedía y obtenía. Acercábase a personajes que tenían ideas religiosas diametralmente opuestas a las suyas.

Pero, sea con los ricos como con los políticos, Don Bosco conservó siempre su independencia, su completa libertad. Nunca se sintió atado y obligado por compromisos.

Citemos dos episodios para ilustrar esta constante actitud de nuestro Padre.

Todos conocemos la famosa declaración hecha en Florencia en diciembre de 1866, al ministro Ricasoli, antes de emprender el discurso

sobre el nombramiento de Obispos: Excelencia! Sepa que Don Bosco es sacerdote en el altar, sacerdote en el confesionario, sacerdote entre los jóvenes, y como es sacerdote en Turín, así es sacerdote en Florencia, sacerdote en la casa del pobre, sacerdote en el palacio del Rey y de los Ministros! » (24).

Su libertad y decisión en recordar a los ricos su estricto deber de la limosna y del buen uso de las riquezas llegaba hasta el límite de la prudencia y dió motivo a no pocas polémicas con sacerdotes, que querían contentarse de normas más blandas, según la opinión de los moralistas de entonces.

A un Capuchino, confesor de una persona muy rica, la cual cada año entregaba cerca de 20.000 liras para limosnas (una cifra discreta para aquellos tiempos), dijo: « Si quiere obedecer a Jesucristo, dando en medida proporcionada a las riquezas que posee, no bastarían cien mil liras por año. ¿Qué piensa hacer con su dinero? ». Y recomendó al Capuchino de imponerle una limosna correspondiente o de dejarla (25).

En una conferencia en Luca el 18 de abril de 1882 fué aún más explícito: « Alguien logra una utilidad de mil francos y puede vivir honestamente con ochocientos; entonces los doscientos que sobran caen bajo las palabras: *Date elemosynam*.

« Pero una necesidad imprevista, una cosecha escasa, una quiebra en el comercio... — Pero, ¿estáis seguros de vivir para entonces? Y luego Dios, que al presente os ayuda, ¿nos os socorrerá entonces si habréis dado por amor suyo? — Yo digo que si alguien no da lo superfluo, hurta al Señor, y según San Pablo, *regnum Dei non possidet* » (26).

Dicha conferencia publicada más tarde en el Boletín Salesiano despertó una especie de controversia, porque algunos sacerdotes « muy respetables por piedad y ciencia » pensaban que las « teorías sustentadas por el Boletín coincidían con las de los comunistas » (sic!) (27).

Aún cuando las razones y los argumentos teológicos aducidos por esos sacerdotes podían considerarse, para la mentalidad católica de entonces, nada despreciables, como observa Don Ceria, « para Don Bosco más que las argumentaciones teológicas valían, en cuestión de limosna, los imperativos y las amenazas del Evangelio en contra de los ricos » (28).

Como se puede ver, frente a los ricos, Don Bosco no era ni servil ni sumiso; antes bien conservaba y ejercitaba plenamente su libertad

para recordar el deber y exigir, con expresiones desconocidas entonces, el justo y cristiano empleo de las riquezas.

« Dos categorías de ricos según él no podían excusarse — escribe todavía Don Ceria — y por lo tanto los atacaba: los verdaderamente buenos que sin motivos razonables conservan el dinero inutilizado en sus escriños, y los menos buenos que, si bien hagan algo de caridad, despilfarran a sus anchas en lujos y placeres » (29).

Siempre en el ámbito de la caridad

Pero no se halla en sus palabras, ni en sus escritos y menos aún en su actividad, algo que pueda interpretarse como instigación al odio, o peor todavía, a la lucha, a la rebelión.

Nosotros los salesianos por lo tanto, siguiendo las huellas de nuestro Padre, decimos con decisión « no » a la violencia, al odio, al empleo de la fuerza. Y esto aún cuando se dieran situaciones tales para las cuales la respuesta más espontánea, desde un punto de vista humano, pudiera parecer sin más el empleo de la fuerza y de la violencia.

Por otra parte este es el pensamiento clarísimo de la Iglesia, expresado por el Santo Padre repetidas veces y por autorizados prelados. El 24 de junio de 1968 el Santo Padre a los miembros del Sacro Colegio hablaba así: « Sobre la violencia — incluso en su forma armada, sangrienta — se han llegado a formular teorías para explicarla, para justificarla, para exaltarla, como única y saludable respuesta a situaciones de opresión, a estados de violencia institucionalizada, como a veces se dice, a un orden al que se le acusa de ser en realidad un desorden establecido, a una legalidad formal que encubriría ilegalidades substanciales.

A estas justificaciones se pretende, en algunas partes, sumar también la ayuda de razonamientos recogidos del pensamiento cristiano y de sus exigencias, de suerte que es posible oír hablar de una « teología de la violencia », derivada de una anterior « teología de la revolución ».

Comprendemos profundamente la dureza de muchas situaciones, de individuos, de clases sociales, de naciones o de grupos de pueblos; somos sensibles, más que nunca, a la voces del dolor, al clamor que se eleva en muchas partes del mundo para pedir ayuda y las transformaciones necesarias, estamos obligados por nuestra misión a ser tutores

declarados y abiertos de una progresiva justicia entre los hombres; no dudamos repetir nuestra compasión con todos los sufrimientos humanos, nuestra condena de toda acción culpable o negligencia que los causen, y nuestra viva exhortación a emprender, donde sea preciso, acción resuelta y animosa para poner remedio eficaz y solícito a esos estados que la conciencia humana, la cristiana especialmente, non puede tolerar.

Sin embargo experimentamos también el deber de poner en guardia a nuestros hijos y a todos los hombres ante la fácil, pero ilusoria tentación de creer que la transformación tumultuaria y precipitada de un orden poco satisfactorio sea por sí mismo garantía de un orden bueno, o al menos mejor, donde éste no esté debidamente preparado; y sobre todo que la violencia, aunque sea dictada por una sincera protesta contra la injusticia, asegure casi de forma natural la instauración de la justicia; pues la experiencia nos enseña que la mayor parte de las veces es verdad precisamente lo contrario » (30).

A los Obispos de América Latina agregaba: « ... si nosotros no podemos ser solidarios con sistemas y estructuras que encubren y favorecen graves y opresoras diferencias entre las clases y los ciudadanos de la misma nación... pero repetimos una vez más a este propósito: ni el odio, ni la violencia son la fuerza de nuestra caridad » (31).

El mismo Mons. Cámara, que lucha por la causa de los pobres, afirma categóricamente: « ... Yo no creo en el odio ».

Quisiera insistir en un aspecto que se podría decir, en cierto modo, vinculado con el anterior, o sea en la tendencia a hacer consistir y limitar la acción para el desarrollo en la denuncia, que llaman « profética », de la injusticia.

No cabe duda — y lo hemos dicho más arriba — que nosotros los salesianos no podemos quedar indiferentes ante la injusticia. Es también cierto que hay muchas, muchísimas situaciones injustas: opresión, explotación, etc. Ciertamente que nosotros debemos defender a los pobres, a los oprimidos, luchar contra las injusticias. Pero ¿cómo?

No podemos, ciertamente, renunciar a lo que puede ser, en determinadas circunstancias y situaciones, un deber de conciencia y un deber de ministerio para los sacerdotes. La palabra de Dios, en efecto, no está encadenada: *Verbum Dei non est alligatum!* Pero pienso que nuestro estilo no pueda ser el de hablar, hablar, hablar contra la injusticia. No podemos convertirnos en unos « leaders », unos sindicalistas,

unos tribunos, con el riesgo de caer en el juego falaz de la política. ¿Y entonces?

Yo diría: Imitemos a nuestro Padre. « Pocas palabras y muchos hechos » era su lema. Trabajó toda su vida y con mucha eficacia. Escribió bastante, habló mucho, pero sobre todo trabajó y realizó. Me parece que esta ha de ser nuestra línea de conducta, que yo llamaría « el profetismo de los hechos ».

Don Bosco fue siempre y doquiera el mensajero de la libertad absoluta, pero a la vez el hombre de la caridad que construye, y que construye con la política del *Pater noster*.

Librarse de una mentalidad burguesa

Hasta el momento nos hemos preocupado de aclarar algunas equivocaciones, de despejar algunos conceptos. Demos un paso más y busquemos una línea concreta de acción salesiana frente al subdesarrollo.

Una acción todavía de carácter preliminar si se quiere, pero muy concreta e importante, es la que se refiere personalmente a nosotros salesianos. Tenemos necesidad de adquirir conciencia de la importancia, urgencia y gravedad de este fenómeno y de nuestro compromiso correspondiente. Tenemos tal vez también nosotros la necesidad de estudiar atentamente y de asimilar la doctrina social de la Iglesia y los documentos relativos a este fenómeno.

En las reuniones con los Inspectores latinoamericanos se ha observado que nosotros tenemos muchas veces una mentalidad que se podría definir burguesa, « instalada », más propensa a defender el orden establecido, no importa cuál sea, aun injusto y opresor, que a ver y reconocer sus faltas e injusticias. Hemos sido educados — como dijo un Inspector — en el terror del comunismo. Conocemos todos sus yerros y sus desastrosas consecuencias; nadie quiere erigirse en defensor del mismo, pero es también cierto que muy poco se nos dijo de los males del capitalismo. Este estado de cosas ha sido afianzado y tal vez hasta explotado por una situación política, que por muchos años nos hizo vivir con el íncubo del comunismo, sin que por otra parte nos diéramos cuenta del otro monstruo, el capitalismo.

Ahora bien, esta mentalidad, por ejemplo, nos llena de miedo frente a cualquiera reivindicación de la clase obrera. Sospechamos siempre una

maniobra encubierta del comunismo. No pocas veces hasta nuestra actitud y nuestras relaciones con el personal que depende de nosotros reflejan una mentalidad que se podría llamar capitalista, de a mos. ¿Cuántas veces no se busca como esquivar las leyes del trabajo, o se recurre a subterfugios legales para no pagar todas las sumas requeridas como seguro social?

Dicha mentalidad debe ser completamente renovada.

Si debemos condenar el comunismo con todo el triste cortejo de males que acarrea al hombre, al cristiano y a la sociedad, no debemos por otra parte tolerar las auténticas y a veces despiadadas injusticias fruto del capitalismo.

Debe ser nuestro esfuerzo conocer y asimilar la doctrina social de la Iglesia de manera que adquiramos aquella sensibilidad nueva, abierta, favorable a los cambios a las reformas tan urgentes en campo social.

Pagar personalmente

Una actitud que deriva espontáneamente de nuestro compromiso social y que se refiere directamente a nuestro modo de ser salesianos es la coherencia.

Si tenemos una vocación, una misión y un compromiso de luchar en contra del subdesarrollo debemos obrar en conformidad, ser coherentes con nuestro compromiso, en una palabra, como dice la *Populorum Progressio*, « pagar con la propia persona » (32).

¿Y en qué consiste esta coherencia? Algo ya hemos dicho hablando de la « mentalidad ». Pero se requiere mucho más todavía. La coherencia debe entrar en la vida, en nuestra vida comunitaria e individual. Debemos vivir verdaderamente como pobre. Estar en la misma línea de los pobres. Luego guerra a adoptar costumbres burguesas! De esta guerra hay auténtica necesidad, carísimos hermanos. He hablado ampliamente de ello en la carta sobre la pobreza; pero es necesario que volvamos a repetirlo.

Es muy fácil tomar a este respecto una posición de defensa, conservando un tono y nivel de vida, que en la realidad, puede ser una parodia de la pobreza. Un hermano, cabalmente sobre este asunto, me escribía: « La palabra « burguesía » molesta y provoca reacciones en algunos; pero la realidad es que, a causa de una no formación a la

pobreza personal propia del consagrado de hoy, vamos cediendo a una tendencia evidente e infantil a la vida burguesa: levantarse siempre más tarde, prolongar siempre más el tiempo de la diversión, de los viajes, de los espectáculos, comer siempre mejor, disponer cada vez de más dinero para caprichos personales completamente superfluos... ». Es ciertamente un cuadro muy triste. Quisiera que no fuese real.

Pero es muy importante que se consideren las situaciones con lealtad y se provea con valor. Cualquier acción concreta en este sentido en la comunidad es una operación que devuelve vigor y salud espiritual a todos. Me parece oportuno, tratando este argumento, aclarar también la posición de la Congregación frente a algunas actitudes que derivan tal vez de un deseo de vivir más coherentemente nuestra pobreza, pero que no parecen estar en la línea salesiana.

Aclaremos las ideas acerca de nuestro apostolado

Existe en alguno el deseo de vivir entre los que habitan en chozas, o sea de compartir, en forma total el nivel de vida con los más pobres para dar testimonio de pobreza y demostrarles que estamos de su lado, que los comprendemos. Por esto algunos quisieran establecer pequeñas comunidades de salesianos que moraran entre los habitantes de las barracas, compartiendo su suerte y ganándose el pan con el trabajo de sus manos como obreros o empleados.

Este puede ser, y ciertamente lo es, un carisma del Espíritu Santo en la Iglesia. Hay religiosos que tienen cabalmente esta misión y la cumplen con edificación y, creo, con fruto. Nosotros los admiramos. Pero es necesario afirmar en seguida con toda claridad que esta no es una vocación salesiana.

Nuestro compromiso no se reduce a un simple testimonio, o mejor todavía, nuestro testimonio principal es el de nuestro trabajo. Don Bosco era pobre, vivió siempre como pobre, pero promovió el progreso, la elevación social. Apenas podía mejoraba las condiciones de vida de sus muchachos. No perpetuó las primitivas condiciones de la casa Pinar di Strevi. Para nosotros, interesarse por los pobres no puede querer decir únicamente vivir en una barraca, sino trabajar por ellos, por su educación, formación, promoción. En realidad tenemos también a un buen número de salesianos que viven y trabajan entre los que viven

en chozas. Los hay en muchos países; son auténticos héroes de vanguardia y nosotros los alentamos como nos es dado. Pero exceptuando esos casos, querer hacerlo podría considerarse una especie de snobismo disimulado, tanto más que se acaba por no compartir plenamente la suerte de los pobres. No se vive en efecto la inseguridad de los mismos, porque siempre están protegidos y sostenidos por la Congregación.

Algo parecido debemos decir del trabajo fuera de casa. Los Salesianos, gracias a Dios, nunca se sustrajeron a esta característica: ser trabajadores, y trabajadores incansables. Es casi una gloria de nuestra Congregación. Se ha trabajado y se trabaja mucho. Nosotros no vivimos de rentas de fondos, de inmuebles o de depósitos bancarios. Vivimos de nuestro trabajo y de lo que la Providencia, por medio de los bienhechores, nos brinda. Para nosotros pues no es una novedad vivir de nuestro trabajo. Pero creer que es trabajo únicamente el que se realice fuera de la casa religiosa es por lo menos una fantasía. Dejar la secretaría del colegio para ser el secretario de una empresa; dejar la escuela o la catequesis o el ministerio, que es mi trabajo específico, para trabajar como descargador de puerto, queriendo permanecer salesiano, no se entiende qué sentido pueda tener.

Nuestra vocación de « educadores »

¿Dónde se encuentra entonces la esencia de nuestra acción salesiana contra el subdesarrollo?

Nosotros no somos ni técnicos ni políticos; ni tampoco poseemos ingentes capitales para programas de desarrollo. Somos *educadores* cristianos, *pastores*, y en parte *misioneros*. En esa triple línea se sitúa nuestra acción, que puede sintetizarse con una simple expresión así: la nuestra es una acción educadora en el sentido más pleno de la palabra.

Volvamos al ejemplo de Don Bosco que es para nosotros norma segura. ¿Qué hizo Don Bosco? Frente a situaciones de subdesarrollo (jóvenes pobres, abandonados, sin techo, hambrientos, etc.) no se contentó con dar una limosna, una ayuda en dinero, o tal vez algo de comer y una cama para descansar. Don Bosco en la primera fase de su acción buscó inmediatamente un empleo para sus jóvenes asilados y luego empezó en seguida a prepararlos con un oficio « para que se ganaran con el sudor el pan de la vida ».

También en la actividad misionera es interesante comprobar que Don Bosco no se contenta de una obra simplemente evangelizadora (predicación del Evangelio), sino que desea verla acompañada o precedida por una obra promocional, civilizadora. Ante todo lleva a efecto la idea, en ciertos aspectos nueva, de comenzar la obra misionera estableciendo colegios, escuelas y hospicios « en las cercanías de los salvajes », para que estos reciban el mensaje cristiano de labios de sus mismos hijos. Sigue luego la obra de carácter promocional, que desea unida a la predicación del Evangelio. En un *Memorial acerca de las Misiones Salesianas* del 13 de abril del 1880 presentado a León XIII, Don Bosco decía que la finalidad de su obra era « abrir hospicios en la cercanía de los salvajes para que sirvieran de pequeño seminario y asilo para los más pobres y abandonados. Con este medio nos abriremos camino a la propagación del Evangelio entre los indios Pampas y Patagones ».

Después de explicar lo que ya se había hecho, agrega: « Mientras algunos se ocupan así enseñando artes, oficios y agricultura a las colonias establecidas, otros así siguen adelantándose entre los salvajes para catequizarlos, y, si fuera posible, fundar colonias en el interior del desierto » (33).

Y en una carta a Don Bodrato recuerda como se había sentido inclinado « a aceptar... la oferta de las misiones destinadas a la civilización y evangelización de los habitantes de aquellas inmensas y no cultivadas regiones » y como « deseando hacer cada vez más la obra civilizadora entre aquellos pueblos y por ende facilitar entre los indios el conocimiento de las artes, de los oficios y de la agricultura » se había presentado al Santo Padre (34).

Una fórmula siempre válida

Siguiendo el ejemplo de Don Bosco, nuestra colaboración al desarrollo es principalmente la educación, la calificación y formación de los hombres, que constituyen los principales factores del desarrollo.

Es para nosotros salesianos una grande satisfacción constatar que todavía en nuestros días la acción educadora es considerada por los expertos como « la llave del desarrollo » y que por lo tanto nuestra colaboración puede justamente decirse centrada y eficaz.

La Encíclica *Populorum Progressio* afirma claramente que la « edu-

cación de base es el primer objetivo de un plan de desarrollo » y que « saber leer y escribir, adquirir una formación profesional, es como volver a tener confianza en sí mismos y descubrir que se puede progresar junto con los demás » (35).

Y los *Documentos de Medellín* dan de ello una confirmación explícita diciendo: « la educación es efectivamente el medio fundamental para libertar a los pueblos de cualquier esclavitud y para lograr que pasen de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas (36), considerando que el hombre es el responsable y el artífice principal de su logro o de su quiebra (37) » (38). Además « la educación es la mejor garantía para el desarrollo de las personas y del progreso social; llevada a cabo correctamente ella prepara a los autores del desarrollo, y es también la mejor distribución de los frutos del progreso que son las conquistas culturales de la humanidad » (39).

También los estudiosos laicos aceptan plenamente esta estrategia. Alfred Sauvy, un experto del desarrollo, escribía en el diario *Le Monde*: « Después de muchos errores y perplejidades, los economistas de todos los países, incluso los americanos, llegan poco a poco a admitir que el fundamento del desarrollo no es el dinero, como se ha aceptado por demasiado tiempo, no son los capitales, sino la cultura, la capacidad de los hombres para explotar sus riquezas naturales. La sabiduría de los chinos desde mucho tiempo atrás había comprendido este hecho evidente: « dad un pescado a un hombre y él tendrá para comer un día; enseñadle a pescar y él comerá por toda su vida » (40). En la misma línea está Mons. Thiandum, Arzobispo de Dakar, quien en una conferencia en Francia así decía: « Yo creo poder decir sin temor de equivocarme que los países subdesarrollados tienen más necesidad de un esfuerzo de educación que de dinero o de vestidos. La ayuda financiera, con todo lo preciso que resulte, nunca podrá sustituir, en un pueblo que quiere obtener su lugar en la escena económica mundial, a la capacidad y al esfuerzo personal de sus hijos. La misión fundamental de la asistencia técnica se me hace ante todo y sobre todo obra de educación » (41).

Estos conceptos, si por un lado nos confirman en el camino que entendemos seguir, no deben sin embargo tranquilizarnos demasiado, casi adormecernos, dándonos la falsa seguridad que todo va muy bien, y que basta ser educadores para hacer un activo y eficiente servicio al desarrollo.

Una educación libertadora

Es necesario preguntarnos, con espíritu crítico, si nuestra educación es de veras un agente de desarrollo, y cómo lograrlo.

Los *Documentos de Medellín* usan una expresión que me parece muy atinada. Dicen que la educación debe ser « libertadora ». De suyo toda educación es libertadora, lleva en sí misma una liberación; en primer lugar de la ignorancia, que es una especie de esclavitud, y luego de otras muchas cosas, que son en parte consecuencias de la ignorancia y que colocan al hombre en una posición de dependencia, por decir así, constitucional. La educación, como formación moral, debe también libertar del egoísmo, del pecado, de los vicios, etc.

Pero el concepto de « educación libertadora » dice algo más, en el contexto de la lucha contra el subdesarrollo, en donde va aplicada. Significa preparar a los « libertadores », o sea a los que realicen el cambio y el desarrollo. Madurar hombres con una personalidad integral, armónica, cristiana, capaces de librarse a si mismos y librar a los demás de estructuras opresoras, de situaciones injustas; hombres que no se encierren en el cascarón de su bienestar individual, sino que sientan profundamente la vocación cristiana de « servir » a los hermanos; hombres capaces de hacerse mensajeros de la esperanza cristiana, aún cuando el horizonte humano ofrezca pocos motivos de esperanza.

Hagamos un examen de conciencia

Surge natural a este punto una pregunta que nos atañe muy de cerca: ¿Cómo y hasta qué punto es libertadora nuestra educación? Para contestar a esta pregunta debemos hacer una sincera y leal « revisión » del contenido de nuestra educación.

Os confieso que a veces tengo la impresión que en nuestra labor educativa damos poca importancia y realce a los valores y a los compromisos sociales del cristiano. Parece como si nuestra principal y única preocupación sea la de formar la personalidad, pero una personalidad demasiado individual, aislada, separada, casi al margen del mundo socializado en que vivimos, y que se socializa cada vez más (no en el sentido marxista, sino en el sentido de las relaciones interpersonales).

Tendremos por lo tanto que examinar bien cuáles son los principales « valores » que nosotros comunicamos en nuestra educación. Diréis

que son valores cristianos y humanos. De acuerdo. Es nuestro principal esfuerzo. Pero existen « valores escondidos », por así decir, que no se comunican por medio de la enseñanza directa, sino que se asimilan en cuanto son partes de un sistema. Y cabalmente en vista de estos valores escondidos temo que nosotros formamos más al aislamiento egoísta que a la integración social, más a la responsabilidad personal que a la responsabilidad social; formamos más al respeto del orden establecido (capitalista, burgués) que no al cambio, al mejoramiento de este mismo orden. En una palabra, educamos para que « tengan más » y no para que « sirvan más ». Tal vez por esto, si miramos bien, no son muchos como debieran ser los dirigentes cristianos, comprometidos, que salen de nuestros Institutos.

Eduquemos a los jóvenes para la socialidad

Me parece por lo tanto útil y práctico descender a algunas sugerencias concretas, para lograr una mayor eficacia en nuestra educación, y para hacer de la misma « un factor fundamental y decisivo en el desarrollo ».

— Intensifíquese la formación social de la juventud de la cual somos responsables, comenzando por la juventud que sigue el « curriculum » de la formación salesiana; y esto haciéndoles conocer la doctrina social cristiana y los principales documentos (*Mater et Magistra, Pacem in Terris, Populorum Progressio, Gaudium et Spes, Documentos de Medellín*, etc.). Se debe alcanzar una formación sólida, profunda; no son suficientes algunas nociones ligeras y superficiales. La doctrina social debe ser para nosotros materia de una enseñanza seria.

— Proporcionése, correspondiente a cada nivel, un conocimiento profundo, crítico de los sistemas filosóficos, sociales, económicos de mayor difusión, especialmente del marxismo y del capitalismo. Este último, sobre todo, debe ser presentado en su auténtica fisonomía, porque en general la información que se tiene del mismo está llena de lagunas.

— Dése también un amplia información y exposición de los problemas del hambre, de la miseria, del subdesarrollo, orientando a los alumnos, desde pequeños, hacia una visión cristiana un fraterno interés para estos problemas, y despertando en ellos actitudes y disponibilidad de servicio hacia los hermanos del Tercer Mundo. La *Populorum*

Progressio incluye este llamado, al cual tal vez no hemos hecho caso: « Educadores, toca a vosotros despertar desde la infancia el amor a los pueblos víctimas del abandono » (42).

— Dése, con mucha prudencia, pero también con claridad, una formación política adecuada, llevando con objetividad a nuestros alumnos de los Cursos Superiores al conocimiento y al examen crítico de los sistemas políticos y de los programas de los principales partidos políticos, y preparándolos para que hagan sus opciones en este campo que correspondan a la formación cristiana que han recibido. La recomendación de Don Bosco a que « no hagamos política » y que « no hablemos de política » no puede querer decir que tengamos a nuestros alumnos en ayunas en este sector tan importante de su vida o que abandonemos dicha formación al primer periódico, compañero o encuentro en la Universidad.

— Ayúdense y guíense los alumnos hacia el conocimiento y el análisis crítico de los fenómenos y situaciones locales (economía, problemas familiares, delincuencia juvenil, droga, racismo, colonialismo, guerrilla, paz, etc.). Esto se llevará útilmente a efecto por medio de la lectura crítica de los periódicos, los cineforum, las mesas redondas, las conferencias, etc.

— Trátese de desarrollar entre los alumnos el sentido comunitario y la apertura, en forma de servicio, hacia el ambiente humano que los rodea, especialmente hacia los más pobres. En los Salmos encontramos a este propósito una frase muy significativa: « Bienaventurado aquel que ha llegado hasta la comprensión del pobre y del menesteroso! ». Tal vez tengamos que reconocer que en muchos casos son ciertas las palabras que ya en su tiempo Bossuet gritaba a sus oyentes: « Me parece que de todas partes se levante un grito de angustia que debería afligirnos profundamente y que tal vez no llega ni siquiera a nuestros oídos! » ¿Por qué esa especie de sordera? ¿Esta incomprensión del pobre y del menesteroso? ¿falta de fe? ¿falta de amor? ¿falta de atención? Sí, falta de aquella sensibilidad alimentada por la fe que debería impedirnos pasar entre las miserias del prójimo sin ver absolutamente nada.

A veces nuestros Institutos pueden ser verdaderas « islas » sin inmediata y activa trascendencia en el ambiente circunstante, que sin embargo ofrecería posibilidades de aperturas sociales. Es muy importante que este « sentido comunitario » no sea cerrado en sí mismo,

porque esto llevaría al joven hoy, al hombre mañana, a vivir como emparedado en pequeños grupos egoistas. Este sentido comunitario debe ser abierto, debe preparar al joven para una completa inserción en la sociedad, comprendiendo y reconociendo las necesidades y las responsabilidades del mundo en el cual debe vivir; y debe sobre todo hacerlo consciente y capaz para asumir los derechos y ejercitar las responsabilidades sociales. Esto, en fin, significa prepararlo para el cambio de las estructuras del que tienen urgente necesidad.

— Cultívese finalmente en los jóvenes, ya desde pequeños el espíritu de generosidad, de servicio, combatiendo decididamente en ellos el egoísmo. Trátese de acostumbrarlos al diálogo y de excitar en ellos las capacidades creadoras.

Pero todo esto debe hacerse en la luz de una visión cristiana del mundo, que es difusión de amor y no siembra de odio; que es construcción y no destrucción; que es fraternidad que une y no lucha que levanta barreras. Toda esta acción debe hacerse sin despertar ni directa ni indirectamente rencores, enojos, odios. Debe evitarse toda fácil demagogia. Nuestra misión (y de esto somos responsables frente a Dios) no es formar guerrilleros, revolucionarios, sino cristianos verdaderamente comprometidos.

Recomiendo calurosamente a los carísimos Inspectores y Directores de estudiar e invitar a estudiar el modo de llevar a la práctica estas sugerencias y otras que les puedan parecer más adecuadas y oportunas, según las condiciones de los diversos países y de cada lugar. El problema como dije antes, interesa a todos, en cualquier parte del mundo se viva y se trabaje, si bien en formas y maneras diferentes. Espero vivamente que mis palabras no quedarán como vanas exhortaciones. Por esto las confío a la sensibilidad cristiana y salesiana de cada uno de vosotros, cada uno según sus propias responsabilidades.

Nuestra preferencia es siempre para los pobres

Permitidme que agregue una exhortación, en una línea de acción muy concreta.

En la Asamblea de los Inspectores salesianos de Asia en Bangalore se tomó este formal compromiso: « Viviremos más como pobres y seremos signo más manifiesto de Cristo pobre si, en los diversos países en los que nos encontramos, podrán todos constatar que el primer lugar

en nuestras obras se da a la juventud que en aquellos países es considerada pobre y abandonada » (43).

Y la Conferencia de los Inspectores Salesianos de América Latina en Caracas exhortó a volver valientemente « al trabajo en medio de la juventud pobre y abandonada: en aquellos lugares sobretodo en donde este testimonio haya sido ofuscado y se haya deformado la imagen de la Congregación. Este testimonio, en nuestro mundo subdesarrollado, es urgente y nos obliga a una precisa y continua revisión de nuestros pasos » (44).

Esta exhortación es siempre válida y necesaria y permitidme que os lo repita una vez más con cierta angustia.

En el conjunto de la Congregación podemos afirmar que estamos en la línea de Don Bosco, en la línea justa. Pero puede ser que haya obras que, iniciadas para los pobres o para categorías humildes, hayan poco a poco subido de nivel social, acabando, por así decir, por aristocratizarse. Y podría ser que dichas obras, hoy, no correspondan ya a nuestra misión. Con esto no quiero dar un juicio global y unilateral sobre todas las obras que no se ocupan exclusivamente de los pobres. Hay obras muy válidas, que cumplen con una misión preciosa porque forman a los dirigentes, hombres de responsabilidad social, cristianos convencidos. Por lo tanto no me refiero a ellas. Pero creo, como he dicho repetidas veces, que sea necesario hacer en cada Inspectoría una revisión, un « reajuste » más decidido, sacudiendo cierto sentimentalismo irracional y volviendo muchas obras nuestras al carril auténticamente salesiano.

« Integración » de las diversas obras

Muy vinculado a este hay otro problema, el de la « integración » de nuestras obras. Tal vez algunas obras se han limitado demasiado a la « escuela », más aún, a un determinado tipo de escuela, Estas obras se pueden y se deben vitalizar, abrir, « integrar ».

Esto quiere decir que se debe recurrir a algo de imaginación creadora para completar la actividad escolástica con otras paraescolásticas y postescolares, por ejemplo con escuelas nocturnas en pro de los jóvenes obreros, tan queridas por Don Bosco. Recuerdo que cuando a nuestro Padre se le ofreció la obra de San Nicolás de los Arroyos le

pidieron de organizarlo como un colegio de « civil condición ». El aceptó, pero aclarando lo siguiente: « Puesto que la finalidad principal de la Congregación salesiana es el cuidado de los jóvenes pobres y abandonados, así yo confío que se le dejará libertad a los salesianos de brindar a los mismos la escuela nocturna... » (45).

En muchos países existe también la obra de alfabetización que sería muy útil en la cual algunos de nuestros hermanos han adquirido no pocas benemerencias.

Y como estas, otras muchas iniciativas. No quiero enumerarlas. Vuestra imaginación y más todavía vuestra sensibilidad salesiana sabrá realizar muchas y en verdad que son necesarias.

Enfrentarse con valor a la realidad

Deseo todavía ponerlos en guardia contra el instinto de defensa que encontrará mil pretextos para convencerlos que todo va bien, que no hace falta cambiar nada, que a fin de cuentas la situación no es tan grave. Debemos ser leales, valientes y más todavía, constantes. El valor más auténtico es el de la constancia.

Carísimos hijos, he querido llamar vuestra atención sobre este fenómeno del subdesarrollo que estrangula como un « dogal infernal » a los dos tercios de la humanidad. Es un problema que toca no solamente a muchos admirables hermanos que están en primera línea, que trabajan con verdadero heroísmo, disimulado en su sencillez, sino a toda la Congregación.

Es cierto que nos hallamos casi en vísperas del Capítulo General Especial, el cual ciertamente se ocupará de todo ese conjunto de problemas. Pero pienso que el corazón de los Salesianos no quiera esperar hasta entonces para contestar, con los hechos, al grito que procede de millares de voces doloridas y que la Iglesia y Don Bosco nos comunican para decirnos: « Tened compasión de esos hermanos vuestros! ».

Carísimos, os saludo con verdadero cariño, a cada uno en particular, y os pido la caridad de vuestra oración por mis muchas necesidades personales y por las responsabilidades que gravan sobre mí.

La Virgen Auxiliadora os bendiga a todos.

Afmo. P. Luis Ricceri
Rector Mayor

NOTAS

- (1) Cfr. 1 Gv 1,1.
- (2) P. Lebret, *Dynamique concrète du développement*, Paris 1961.
- (3) *Populorum Progressio* n. 21.
- (4) *ibid.* n. 4.
- (5) H. Camara, *Terzo Mondo defraudato*, Milano 1969, p. 27.
- (6) *ibid.* p. 39.
- (7) *Encicliche e Discorsi di Paolo VI*, Ed. Paoline, VIII, 177.
- (8) *ibid.* 437ss.
- (9) P. Houtart, *La Chiesa di fronte allo sviluppo del Terzo Mondo*, in *Teologia del Rinnovamento*, Assisi p. 115.
- (10) *Populorum Progressio* n. 29.
- (11) *ibid.* n. 33.
- (12) *ibid.* n. 14.
- (13) Mons. G. Huyghe, *Per un rinnovamento della vita religiosa*, in W., *I religiosi oggi e domani*, Roma 1968, p. 226.
- (14) *Populorum Progressio* n. 3.
- (15) Cfr. *Gaudium et spes* n. 63.
- (16) *Documenti di Medellin*, ed. Dehoniane, I,1.
- (17) *Encicliche e Discorsi di Paolo VI*, XVI, 439.
- (18) Card. Léger, *L'uomo problema sfida la Chiesa*, Ed. Cittadella, Assisi 1968, pag. 52.
- (19) *Memorie dell'Oratorio di S. Francesco di Sales*, Torino 1946, 123 ss.
- (20) *ibid.* p. 127.
- (21) *Epistolario*, III p. 221, lett. 1939.
- (22) *ibid.* III p. 166, lett. 1877.
- (23) *ibid.* III p. 600, lett. 2063.
- (24) *Mem. Biogr.* VIII, 534.
- (25) *ibid.* XV, 521.
- (26) *ibid.* XV, 525.
- (27) *ibid.*
- (28) *ibid.*
- (29) *ibid.*
- (30) *Encicliche e Discorsi di Paolo VI*, XVI, 209ss.
- (31) *ibid.* XVI, 469.
- (32) *Populorum Progressio*, n. 32.
- (33) *Epistolario*, III, p. 572, lett. 2031.
- (34) *ibid.* III p. 577, lett. 2035.
- (35) *Populorum Progressio* n. 35.
- (36) *ibid.* n. 20.
- (37) *ibid.* n. 15.
- (38) *Documenti di Medellin*, 4, II, 1.
- (39) *ibid.* 4, III, 1, 1.
- (40) Gheddo Piero, *Predicare il Vangelo o aiutare i poveri?* in *Umanesimo ed evangelizzazione*, Milano 1969.
- (41) Mons. Thianum, *Vision Chrétienne des déséquilibres économiques et sociaux*

in *Responsables*, sept-oct. 1963, p. 221.

(42) *Populorum Progressio* n. 83.

(43) *ACS*, Luglio 1968, n. 252, p. 37.

(44) *ibid.* n.c. 77.

(45) *Epistolario*, II, p. 431, lett. 1260.

(46) *Lettre Pontificale à M. Alain Barrere*, président des Semaines sociales de France, Dijon, Juillet 1970.

IV. COMUNICACIONES

Normas para el Ordo Missae et Officii de 1971

Considerados los cambios hechos en el Calendario litúrgico universal y la uniformidad del nuevo Calendario para toda la Iglesia, se deliberó no imprimir ya para el 1971 el Calendario propio de nuestra Congregación.

Es necesario por lo tanto proveerse del Calendario litúrgico diocesano. A su tiempo se enviará a todas las Casas el « Propio Salesiano » para insertarlo en el Calendario diocesano.

Nuevos Obispos salesianos

a) El Santo Padre ha promovido a la sede arzobispal de Asunción (Paraguay) a S. Excia. Rvma. Mons. Ismael Rolón, Obispo de Caacupé.

b) El Santo Padre ha promovido a la sede episcopal de Dibrugarh (India) al Rdo. Sac. Roberto Kerketta, director de la « Don Bosco Technical School » de Krishnagar.

Nombramientos de Inspectores

P. Sol Juan para la Inspectoría de Buenos Aires (Argentina).

P. Mouillard Miguel para la Inspectoría de Lyon (Francia).

P. Oerder Carlos para la Inspectoría de Colonia (Alemania).

P. Fox Eduardo para la Inspectoría de Londres (Inglaterra).

P. Morlupi Arturo para la Inspectoría de Ancona (Italia).

P. Licciardo Demetrio para la Inspectoría del Pontificio Ateneo Salesiano - Roma (Italia).

P. Zerdin Esteban para la Inspectoría de Ljubljana (Yugoeslavia).

P. Pavičić Nicolás para la Inspectoría de Zagreb (Yugoeslavia).

P. Zolnowski Félix para la Inspectoría de Lodz (Polonia).

- P. Dzielziel Agustín para la Inspectoría de Kraków (Polonia).
- P. Canals Juan para la Inspectoría de Barcelona (España).
- P. Mérida Antonio para la Inspectoría de Valencia (España).
- P. Gil Ildefonso para la Inspectoría de Quito (Ecuador).
- P. Hidalgo Antonio para la Inspectoría de Sevilla (España).

Solidaridad fraterna

Comunicamos un tercer elenco de las ofertas llegadas entre el mes de marzo y el de julio incluído.

Viene a continuación, como de costumbre, el elenco de las obras a las cuales han sido destinadas las sumas enviadas.

Las sumas directamente enviadas por una Casa o persona particular han sido conglobadas bajo el nombre de las propias Inspectorías.

En todos los casos se han respetado las destinaciones indicadas.

Inspectorías de las cuales han llegado las sumas:

Italia

Campano-Cálabra	L. 2.679.000
Central	L. 230.000
Lígure-Toscana	L. 1.000.000
Lombardo-Emiliana	L. 150.000
Novaresa-Helvética	L. 250.000
P.A.S.	L. 22.260
Pugliese	L. 1.589.000
Romano-Sarda	L. 280.000
Sícula	L. 1.500.000
Subalpina	L. 2.513.000
Veneta (Venezia)	L. 163.000
Veneta (Verona)	L. 126.000

Europa

Est-Europa (países varios)	L. 165.000
Alemania Nord (Köln)	L. 172.830
Alemania Sur (München)	L. 3.449.800
Holanda	L. 680.000

España-Córdoba	L.	700.000
España-Sevilla	L.	1.838.750
<i>América</i>		
Argentina-Buenos Aires	L.	2.095.214
Argentina-Rosario	L.	87.000
Chile	L.	500.000
Estados Unidos Est (New Rochelle)	L.	638.875
Estados Unidos Ovest (San Francisco)	L.	895.000
Venezuela	L.	3.666.875
<i>Asia</i>		
Medio Oriente	L.	60.000
India-Bombay	L.	72.940
India-Gauhati	L.	95.000
India-Madras	L.	1.843.000
<i>Australia</i>		
Australia	L.	464.640
TOTAL SUMAS LLEGADAS		L. 27.927.184
Fondo Caja Precedente		L. 148.261
TOTAL SUMAS DISPONIBLES		<u>L. 28.075.445</u>

Destinación de las sumas recibidas:

Algunas de las sumas que se indican abajo han llegado con la destinación ya fijada por los que las ofrecían.

AMERICA

— Argentina: para las obras sociales de Villa Regina	L.	150.000
— Bolivia: para la reconstrucción de la Capilla del Noviciado de Cochababamba	L.	600.000
— Bolivia: para completar la construcción del Aspirantado de Calacoto-La Paz	L.	3.000.000
— Bolivia: para el Centro Juvenil a la periferia de La Paz	L.	312.000
— Brasil: para la construcción del nuevo Aspirantado en la Inspectoría misionera de Manaus	L.	3.000.000
— Brasil: para la obra en favor de los muchachos de la calle de Belem-Sacramenta	L.	290.000

— <i>Brasil</i> : para la Parroquia de las « favelas » de Jacarezinho (Rio de Janeiro)	L. 1.000.000
— <i>Brasil</i> : para la Prelatura misionera de Porto Velho	L. 30.000
— <i>Brasil</i> : para la escuela profesional en el barrio periférico de Joinville	L. 2.000.000
— <i>Colombia</i> : para la construcción de nuevos dormitorios en el orfanatorio « Ciudad Don Bosco » de Medellín	L. 2.000.000
— <i>Rep. Dominicana</i> : para completar las oficinas parroquiales y construir las habitaciones de los hermanos de la Iglesia de María Auxiliadora de Santo Domingo	L. 1.000.000
— <i>Rep. Dominicana</i> : para las obras parroquiales de Jarabacoa	L. 630.000
— <i>Ecuador</i> : para la Aldea « Pablo VI » en el Vicariato de Méndez	L. 680.000
— <i>Ecuador</i> : para la reconstrucción de la Misión de Sucúa	L. 80.000
— <i>Haití</i> : para la construcción de la Iglesia parroquial de Cap-Haitien	L. 1.000.000
— <i>Paraguay</i> : para completar el Aspirantado de Ypacaraí	L. 1.500.000
— <i>Paraguay</i> : para el oratorio en la misión de Puerto Casado	L. 93.750
— <i>Paraguay</i> : para adquirir un land-rover para la parroquia rural de Concepción	L. 1.984.000
— <i>Estados Unidos</i> : para la parroquia en el barrio pobre de los negros de Birmingham	L. 500.000
— <i>Uruguay</i> : para arreglar el Noviciado de Las Piedras	L. 1.000.000

AFRICA

— <i>Congo</i> : para la escuela de pre-aprendizaje de Kashiobwe	L. 954.000
--	------------

ASIA

— <i>Formosa</i> : para la parroquia misionera de Tainan	L. 500.000
— <i>Japón</i> : para la construcción de la iglesia parroquial y para la biblioteca de la casa central de la misión de Beppu	L. 800.000

— <i>Japón</i> : para la construcción de las obras parroquiales de Arakawa-Tokyo	L. 265.000
— <i>India</i> : para el nuevo Obispo misionero de Dibrugarh	L. 1.000.000
— <i>India</i> : para la Misión de Vellore	L. 50.500
— <i>India</i> : para la obra de asistencia fundada por el P. Mantovani en Madras	L. 500.000
— <i>India</i> : para la asistencia a los que viven en chozas en Wadala-Bombay	L. 500.000
— <i>Corea</i> : para el Estudiantado y el Noviciado de Seoul	L. 500.000
— <i>Vietnam</i> : para las casas de formación de Go Vap, Thu Duc, Tram Hanh	L. 1.000.000

EUROPA

— <i>Est Europa</i>	L. 1.093.750
TOTAL SUMAS DESTINADAS	<u>L. 28.013.000</u>
Saldo en caja	L. 62.445
TOTAL	<u><u>L. 28.075.445</u></u>

V. ACTIVIDADES DEL CONSEJO SUPERIOR E INICIATIVAS DE INTERES GENERAL

La crónica de este número de las Actas se extiende desde el mes de marzo hasta el de setiembre de 1970.

Ante todo hay que destacar el viaje que el Rector Mayor realizó en mayo y junio por América del Sur. La finalidad principal de su visita era encontrarse con los Inspectores, los Vicarios Inspectoriales y los Directores de las Casas de formación, para tratar con ellos los problemas que en este momento se presentan a nuestra Congregación en las Inspectorías latino-americanas. Tuvo tres encuentros, cada uno de 4 días, respectivamente en Caracas desde el 30 de mayo hasta el 2 de junio, en Brasilia desde el 5 hasta el 8 de junio y en Asunción desde el 11 hasta el 16 de junio.

Se efectuó un amplio examen de la vida religiosa y de las actividades de nuestros Hermanos en relación con las exigencias locales y se detalló la actuación de las directrices programáticas trazadas en 1968 en la reunión de los Inspectores Latino-americanos.

El Rector Mayor aprovechó su viaje para encontrarse con un grande número de hermanos de las Inspectorías visitadas y para dirigir a los mismos su palabra de aliento. Dedicó un especial interés a las casas de formación.

El Rvmo. P. Fedrigotti, encargado de nuestras misiones, ha preparado la expedición misionera para este año. Las peticiones han sido en número satisfactorio. Más de 50 hermanos saldrán para sus destinos, después de seguir en Roma un curso de preparación en la segunda mitad de setiembre.

Entretanto, entre febrero y junio, en representación del Prefecto General, el P. Francisco Láconi, delegado central de las misiones, ha visitado las obras del Alto Orinoco, de la Tailandia, del Vietnam, del

Japón y de las Filipinas. En Puerto Ayacucho (Venezuela) presidió un curso de estudio y puesta al día para Salesianos e Hijas de María Auxiliadora.

El Rvmo. P. Bellido visitó numerosos Aspirantados y Noviciados de América Latina y presidió con el Rvmo. P. Garnero un importante encuentro del personal de los Aspirantados en Campo Grande (Brasil).

Dirigió asimismo dos Encuentros, siempre para hermanos que trabajan en los Aspirantados, en Como y en Pacognano para las Inspectorías italianas, visitando luego diversos Aspirantados de Italia y de España.

En los meses de abril-mayo realizó la visita canónica a la Inspectoría Pugliese-Lucana.

El Rvmo. P. Pilla en este período ha atendido a los trabajos para la construcción de la nueva Casa General en Roma. Están bastante adelantados y se espera poder decidir muy pronto si será posible o no realizar el próximo Capítulo General Especial en la nueva sede romana.

El Consejero para la Formación, Rvmo. P. Pianazzi visitó los Estudiantados teológicos de España y Portugal y más tarde los de Italia y el Pontificio Ateneo Salesiano. En diversas reuniones con los Inspectores de Italia se trató de la organización de los estudios teológicos y en particular de la organización de grupos de estudiantes, que frecuenten como externos, Institutos de teología nuestros o también no salesianos.

El Rvmo. P. Scrivo, Consejero para la Pastoral Juvenil, hizo la visita canónica a la Inspectoría Lombardo-Emiliana y ha promovido diversas iniciativas en vista del próximo Capítulo General Especial.

El Consejero para los Apostolados Sociales, Rvmo. P. Fiora, realizó la visita canónica a la Inspectoría Sícula. Luego atendió y logró que se presentaran las prácticas para la aprobación de las « Voluntarias de Don Bosco » como Instituto Secular por parte de la S. Sede. Se dedicó además a la preparación del Congreso Mundial de los Exalumnos que se tendrá en el mes de setiembre en Turín y en Roma.

Los Consejeros Regionales hicieron la visita canónica a las siguientes inspectorías: el Rvmo. P. Giovannini a la Inspectoría Subalpina, el Rvmo. P. Segarra a la Inspectoría de México (N. Sra. de Guadalupe), el Rvmo. P. Garnero a las Inspectorías de Bogotá y Medellín (Colombia), el Rvmo. P. Castillo a la Inspectoría Chilena, el Rvmo. P. Tohill a la Inspectoría Japonesa y a la Visitaduría de la Corea, el Rvmo.

P. Ter Schure, en el mes de agosto, hizo una rápida visita a las Inspectorías de Polonia y Yugoslavia.

Entre las iniciativas de particular interés que nos han llegado señalamos las siguientes:

En Bogotá (Colombia), en nuestro Colegio León XIII, se abrió en el mes de marzo el « Instituto de Pastoral Juvenil », un curso universitario agregado a la Universidad Javeriana de los PP. Jesuitas, de dos años de duración para el estudio de los problemas inherentes a la pastoral de los jóvenes. El Instituto cuenta para la enseñanza con la cooperación de tres familias religiosas — los Jesuitas, las Hermanas de N.S. de la Presentación y los Salesianos — y le frecuentan ya alumnos de 17 Congregaciones Religiosas procedentes de 11 naciones latino-americanas.

En Muzzano (Italia) se repitió en los pasados meses el Curso para los nuevos Directores de Italia y España, mientras un curso de Puesta al día para todos los Directores de las Inspectorías italianas se desarrolló en 4 diversos lugares: en Pacognano, en Frascati, en Brescia y en Muzzano.

Merece ser señalada una iniciativa completamente nueva por parte de las Inspectorías piemontesas: 30 clérigos próximos a emitir la profesión perpetua se prepararon a la misma con el « mes ignaciano ».

VI. DOCUMENTOS

Carta de los hermanos que participaron al « Curso de Actualización ascético-pastoral ».

San Antonio de los Altos, 10 de julio de 1970

A todos nuestros Hermanos de la Congregación:

Al concluir esta experiencia, hecha por primera vez en la Congregación Salesiana en y para América Latina, nos sentimos en la obligación de exteriorizar nuestros sentimientos.

Podemos anunciarles, hermanos todos de la Congregación que no experimentaron aún la satisfacción de un Encuentro como éste, que, « valió la pena » esta primera experiencia.

Hemos comprobado, tras la reflexión y el estudio, la necesidad que tiene la Congregación de llenar un vacío espiritual que el trabajo y la prisa con que vivimos impide ver en toda su temible realidad. Estamos persuadidos que sin una profunda base espiritual, nuestro trabajo apostólico es cada vez menos eficaz, y en un ambiente cambiante como este en el que vivimos, nuestra creatividad apostólica disminuye.

Estamos profundamente satisfechos, y sinceramente, llenos de alegría y entusiasmo. Fue un Encuentro con Dios, con nosotros mismos, con la Congregación, con los hermanos, a nivel de Iglesia, y de este encuentro salimos revitalizados y enriquecidos en todos los campos.

Deseamos de todo corazón esta experiencia:

— Para Uds., hermanos que anhelan una parada, una orientación nueva, una revitalización de sus ideales religiosos, salesianos, sacerdotales y apostólicos.

— Para Uds., que sienten más vivamente la necesidad del « viraje » de la Congregación en sintonía perfecta con la marcha de la Iglesia en esta hora.

— Para Uds., hermanos de avanzada, que, sintiendo dentro de sí el deseo de mayor fidelidad al Evangelio y a Don Bosco, sufren las

inquietudes nuevas de una mejor adaptación de nuestra misión y carisma a las exigencias de los tiempos.

Agradecemos cordialmente:

— Al Señor que nos ofreció el don singular y exquisito de esta gracia en la madurez de nuestra vida salesiana y sacerdotal.

— Al XIX Capítulo General que lanzó y aprobó la idea, y a todos los Superiores, que en, nombre de la Congregación, quisieron realizar esta Experiencia en nuestra América Latina.

— A nuestro queridísimo Rector Mayor, alma de esta realización, que, con su contacto epistolar constante y finalmente con su visita, quiso personalmente orientar, acompañar y confirmar esta experiencia.

— A nuestras Inspectorías que tan generosamente sufrieron nuestra ausencia con la esperanza de un bien mejor: esperamos no defraudarlos en el futuro.

— A la Inspectoría y a los hermanos de Venezuela que generosamente colaboraron con su solidaridad, su solicitud y fraternal cariño.

Que nuestra Madre Auxiliadora, en « estos momentos de urgente renovación », siga bendiciendo los nuevos Encuentros que esperamos se sigan realizando en el futuro.

Son los votos y deseos sinceros de sus hermanos del « *Curso de actualización ascético-pastoral* ».

VII. MAGISTERIO PONTIFICIO

1. Actitud cristiana de valentía ante la verdad en esta hora de crisis *Catequesis del Papa en la audiencia general del miércoles 20 de mayo.*

Vamos a hacernos eco de unas expresiones que nosotros mismos pronunciamos en el Consistorio (es decir, en la reunión de los Cardenales) del lunes pasado, porque nos parece que son importantes y actuales y que pueden también repetirse en una audiencia general como esta, pues van dirigidas a todos. Las afirmaciones son estas: « La hora que señala el reloj de la historia exige de todos los hijos de la Iglesia un gran valor y de manera muy particular la valentía ante la verdad, que el Señor en persona encareció a sus discípulos al decirles: que vuestro sí sea sí y vuestro no, no (*Mt 5,37*) ».

Es tan importante este deber de profesar valientemente la verdad, que el mismo Señor afirmó ser éste el objetivo de su venida al mundo. Delante de Pilatos, durante el proceso que precedió a su condenación en la cruz. Jesús pronunció estas importantes palabras: « Yo para esto nací y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad » (*Jn 18,37*). Jesús es la luz del mundo (*Jn 8,12*), es la manifestación de la verdad; y para realizar esta misión, de la que procede la salvación de todos nosotros, Jesús dará su propia vida, mártir de la verdad, que es El mismo.

¿Qué es la verdad?

Esto nos coloca frente a dos problemas. El primero de ellos apareció en los labios del mismo Pilatos. El, que quizá no era desconocedor, sino que a lo mejor era escéptico con relación a las discusiones filosóficas de la cultura greco-romana en torno a la verdad, él, que era magistrado competente para juzgar los delitos y los crímenes, pero no las teorías especulativas, se extraña de que este *Rabbi*, que le han presentado como reo de muerte por lesa majestad, se declare maestro de verdad, e in-

mediatamente lo interrumpe, a lo mejor hasta con una punta de ironía: « *Quid est veritas?* », ¿y qué es la verdad? (No ha faltado quien sobre esta frase latina ha construido ingeniosamente un estupendo anagrama de respuesta: *est vir qui adest*: es el varón que está aquí). Pilatos no espera la respuesta y procura dar por terminado el interrogatorio, solucionando de esta forma la disputa judicial. Pero para nosotros, para todos, la pregunta queda en suspenso: ¿qué es la verdad?

Problema inmenso, que afecta a la conciencia, a los hechos, a la historia, a la ciencia, a la cultura, a la filosofía, a la teología, a la fe. A nosotros nos interesa esta última: la verdad de la fe. Porque sobre la verdad de la fe se funda todo el edificio de la Iglesia, del cristianismo y, por consiguiente, también el de nuestra salvación y por último el del destino de la humanidad y de la civilización, que están vinculadas a ella. Por esto, hoy más que nunca, esta verdad de la fe se presenta como la base fundamental sobre la que debemos construir nuestra vida. Es la piedra angular (cfr. *1 Petr* 2,6-7; *Ef* 2,20; *Mt* 21,42).

El Credo del Pueblo de Dios

¿Qué es lo que podemos observar a este respecto? Nos es dado observar un fenómeno de timidez y de miedo, más aún un fenómeno de incertidumbre, de ambigüedad, de compromiso que alguien ha identificado certeramente: « En otros tiempos el gran obstáculo era el respeto humano. Esta era la cruz de los pastores. El cristiano no tenía la osadía de vivir de acuerdo con la propia fe... Ahora, en cambio, ¿no es verdad que se empieza a tener miedo de creer? Es un mal mucho más grave, porque ataca los fundamentos... » (Cardenal Garrone: *Que faut-il croire?* Desclée, 1967).

Al finalizar el año de la fe, en la fiesta de San Pedro de 1968, nosotros nos sentimos en la obligación de hacer una profesión explícita de fe, nos sentimos en la obligación de recitar un Credo, que siguiendo el hilo de las enseñanzas autorizadas de la Iglesia y de la Tradición auténtica, se remonta al testimonio apostólico, que a su vez se funda sobre Jesucristo, El mismo definido « testigo fiel » (*Apoc* 1,5).

Pero hoy la verdad está en crisis. A la verdad objetiva, que nos da la posesión cognoscitiva de la realidad, se sustituye la subjetiva: la experiencia, la conciencia, la libre opinión personal, cuando no la crítica de nuestra capacidad de conocer y de pensar válidamente. La verdad

filosófica cede ante el agnosticismo, el escepticismo, el « esnobismo » de la duda sistemática y negativa. Se estudia, se busca para destruir, para no encontrar. Se prefiere el vacío. El Evangelio nos lo advierte: « Los hombres amaron más las tinieblas que la luz » (*Jn* 3,19). Y con la crisis de la verdad filosófica (oh!, ¿dónde ha ido a desvanecerse nuestra sana racionalidad, nuestra *philosophia perennis?*) la verdad religiosa se ha derrumbado sobre sí misma, no ha sabido ya sostener las grandes y esplendorosas afirmaciones de la ciencia de Dios, de la teología natural y, mucho menos, las de la teología de la revelación: los ojos se han nublado y a continuación ennegado; y se ha llegado a la osadía de confundir la propia ceguera con la muerte de Dios.

El peligro de vaciar la fe

Por este camino, la verdad cristiana sufre hoy sacudidas y crisis tremendas. Incapaces de soportar la enseñanza del magisterio, puesto por Cristo para tutelar y desplegar lógicamente su doctrina, que es la de Dios (*Jn* 7,12; *Lc* 10,16; *Mc* 16,16), unos buscan una fe fácil a la que vacían, no obstante ser ella la fe íntegra y verdadera, de aquellas verdades que no parecen aceptables por la mentalidad moderna: y eligen según su propio talento una verdad cualquiera considerada admisible (*selected faith*); otros buscan una nueva fe, especialmente en lo tocante a la Iglesia, tratando de adaptarla a las ideas de la sociología moderna y de la historia profana (y repitiendo así el error de otros tiempos consistente en modelar la estructura canónica de la Iglesia de acuerdo con las instituciones históricas en vigor); otros querrían entregarse a una fe puramente naturalista y filantrópica, a una fe utilitaria aunque quizá basada en valores reales de la fe auténtica: los de la caridad, erigiéndola en culto del hombre y descuidando su valor primero, el del amor y el culto de Dios; otros, finalmente, llevados por una cierta desconfianza frente a las exigencias dogmáticas de la fe, con el pretexto del pluralismo que permite estudiar las inagotables riquezas de las verdades divinas y expresarlas con lenguajes y mentalidades diversas, querrían legitimar expresiones ambiguas e inciertas de la fe, contentarse con su búsqueda para evitar su afirmación, preguntar a la opinión de los fieles qué es lo que quieren creer atribuyéndoles un discutible carisma de competencia y de experiencia que pone la verdad de la fe en peligro de ser víctima de los antojos más extraños y más volubles.

Todo esto sucede cuando no se acepta el magisterio de la Iglesia con el que el Señor quiso proteger las verdades de la fe (cfr. *Hebr* 13,7.9.17).

La valentía ante la verdad

Pero a nosotros que, por la divina misericordia, poseemos este *scutum fidei*: el escudo de la fe (*Ef* 6,16), es decir, una verdad defendida, segura y capaz de sostener la acometida de las opiniones impetuosas del mundo moderno (cfr. *Ef* 4,14), se nos plantea un segundo problema, el del valor: debemos tener, decíamos, el valor de la verdad. No haremos ahora análisis alguno de esta virtud moral y psicológica que llamamos valor y que todos sabemos que consiste en una fuerza de espíritu que significa madurez humana, vigor de espíritu y osadía de voluntad, capacidad de amor y de sacrificio; sólo haremos notar que, otra vez, la educación cristiana se manifiesta como un campo de adiestramiento en la energía espiritual, la nobleza humana, el dominio de sí mismo, la consciencia de los propios deberes.

Añadiremos que, si esta valentía de la verdad se pide sobre todo a quien es maestro y defensor de la misma, afecta también a todos los cristianos, bautizados y confirmados; y no se trata de un ejercicio deportivo y placentero sino de una profesión de fidelidad obligada a Cristo y a su Iglesia, y es hoy además un gran servicio al mundo moderno que seguramente espera, de cada uno de nosotros, más de lo que nosotros mismos suponemos, este benéfico y tonificante testimonio. Os ayude para ello, junto con la gracia del Señor, nuestra bendición apostólica.

2. La fe y la esperanza: fuerzas animadoras del dinamismo humano y cristiano

Catequesis del Papa en la audiencia general del miércoles 27 de mayo.

Uno de los grandes problemas que la mentalidad moderna nos plantea a los creyentes es el que se refiere a la actitud del hombre moderno ante el progreso.

Es un problema que ordinariamente se nos propone en forma de objeción. Se dice: el creyente es un hombre de sicología estática, fija, inmóvil; su fe dogmática no le permite comprender las realidades nue-

vas, ni desearlas o promoverlas; es más, el creyente es un hombre anclado en el pasado, en aquel momento lejano de la historia, hace ya dos mil años, en que se realizó el acontecimiento evangélico: para el creyente parece que no pasa el tiempo; su mirada está siempre vuelta hacia atrás; por consiguiente, su sicología es tendencialmente extraña a los grandiosos y sorprendentes inventos de nuestro tiempo; desconfía siempre de los cambios que se verifican en los diversos campos de la vida humana: en el del pensamiento, en el de la ciencia, en el de la técnica, en el de la sociología, en el de las costumbres, etc.; por eso, el creyente no puede ser « un hombre de nuestro tiempo », ni puede comprender a las generaciones jóvenes; será siempre un hombre sin deseos, ni esperanzas; en el fondo, un apático y un miedoso; y, en el campo eclesial, un preconiliar... sí, porque lo que hoy se necesita es una nueva mentalidad religiosa, una nueva teología, una nueva Iglesia.

Fe y compromiso temporal

Esta descripción de una figura preconcebida del creyente podríamos alargarla indefinidamente. En realidad se trata de un problema muy importante. Pero el estilo de nuestra conversación, como de costumbre, breve y elemental, sólo nos permite presentarlo a vuestra consideración. Formularemos, sin embargo, una sencilla pregunta: ¿esta descripción es exacta? ¿Es cierto que el creyente se evade ante el imperativo de la actualidad, ante la fascinación del progreso? (cfr. Dawson, *Progresso e religione*).

Admitamos, defendamos incluso, un aspecto esencial del creyente, del cristiano: él es un hombre de tradición, de la tradición en que vive; es un hombre de Iglesia, es decir, es hijo de aquel cuerpo social, vivo y místico, que recibe la vida de su Cabeza, que es Cristo, el Cristo vivido en la historia del Evangelio y ahora viviente en la gloria celeste, en la plenitud divina, a la derecha del Padre, como recitamos en el Credo.

Es decir que el cristiano vive de una herencia, del recuerdo proveniente de un acontecimiento histórico pasado, el Evangelio, decisivo para la historia de la humanidad; y vive también de una actualidad, que se le comunica por medio del Espíritu Santo, la cual pertenece a una esfera que está más allá de la esfera del tiempo y de la realidad natural:

el creyente vive de la fe, de la gracia. Si este hilo se rompiese, la vida del hombre, como cristiano, se apagaría. Es, pues, una cuestión de vida o muerte.

Pero apresurémonos a decir también que este vínculo que liga al creyente con el pasado y con el trascendente sobrenatural no le desarraiga del presente, ni del futuro temporal y ultraterreno, sino que le inserta más íntimamente en ellos. ¿Porqué? Porque la fe a la cual se adhiere el creyente es por su misma naturaleza una promesa, o mejor, es la adhesión a unas verdades que todavía no se han manifestado completamente en todo su esplendor y en toda su gloria.

En efecto, ¿cómo se describe la fe en la carta a los hebreos? Es una fórmula muy conocida: « la fe es la garantía de lo que se espera, la prueba de las cosas que no se ven » (*Hebr* 11,1). Por lo tanto la fe tiene una relación esencial con la esperanza.

Esperanza profana y esperanza cristiana

Sí, con la esperanza. Y precisamente la esperanza constituye la fuerza motriz del dinamismo humano, y mucho más, en cuanto virtud teologal, del dinamismo cristiano.

Este sería el momento oportuno para hacer un análisis del lugar importante que ocupa la esperanza en la psicología moderna. Es una tarea que os encomendamos a vosotros. Si la realizáis, constataréis enseguida este hecho: que el hombre moderno vive de esperanzas. Es decir, su alma vive en tensión hacia el futuro, hacia un bien potencial. Todo cuanto posee en el momento presente no le basta ya y en vez de producirle satisfacción, le atormenta y le estimula a poseer más, a buscar algo que sea diferente. El estudio, el trabajo, el progreso, la « contestación » y hasta la revolución constituyen otras tantas esperanzas en movimiento.

Esta fuga hacia el futuro, tan propia de nuestro tiempo, está alimentada por la esperanza. Al que no le agrada el pasado o el presente, pone su corazón en el futuro, es decir, espera. Santo Tomás dice que la esperanza es la actitud más corriente entre los jóvenes (*S. Tom.* I-II, 40, 6), a no ser que decepcionados ante la imposibilidad de alcanzar en el futuro un bien mejor, caigan en la desesperación, como sucede con frecuencia a la psicología crítica y pesimista de tantos hombres, hijos también ellos de nuestro tiempo.

Ahora bien, el cristiano es el hombre de la esperanza, el hombre que no conoce la desesperación.

Precisamente en relación con la esperanza existe una diferencia entre el cristiano y el hombre profano moderno. Este último es el « *vir desideriorum* », el hombre de los muchos deseos (entre deseo y esperanza existe una estrecha parentela: ésta pertenece a los instintos de fuerza, aquél más bien a los instintos de placer; pero tanto el deseo como la esperanza tienen como objetivo los bienes futuros).

El hombre profano es también el hombre que intenta acortar las distancias que existen entre él y los bienes que persigue; es el hombre de las esperanzas a corto plazo que quiere verlas enseguida colmadas; pero como las esperanzas relativas a los bienes sensibles, económicos y temporales son fáciles de conseguir y, por lo mismo, enormemente fugaces, sucede que dejan el corazón del hombre cansado y vacío, e incluso muchas veces desilusionado.

Las esperanzas del hombre profano no contribuyen a ensanchar su espíritu, ni dan a la vida su pleno significado, sino que con frecuencia dirigen el camino de la vida misma hacia senderos de discutible progreso.

El cristiano, en cambio, es el hombre de la verdadera esperanza, de aquella esperanza, cuya única ambición es conseguir el sumo bien (cfr. *fecisti nos ad Te*, de S. Agustín, *Conf.*, 1,1); el cristiano sabe que en su afán diario y en cada uno de sus proyectos puede contar con la ayuda de aquel sumo Bien, el cual infunde incluso en su misma esperanza la confianza y la gracia para poder llegar hasta El (cfr. *S. Thom.*, I-II, 40,7).

Ambas esperanzas, la cristiana y la profana, reciben igualmente su impulso de la penuria de nuestra condición en la vida presente, del dolor, de la pobreza, de la angustia, de la necesidad, del malestar.

El creyente no es un reaccionario

Pero una diversa tensión las sostiene, si bien la esperanza cristiana puede hacer propia toda la tensión verdaderamente humana y honesta de la esperanza profana. ¿No es ésta la idea que ha inspirado la gran Constitución pastoral « *Gaudium et Spes* » del reciente Concilio? « Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en el corazón » de

los discípulos de Cristo (n. 1; cfr. *Tert.*, « *humani nihil a me alienum puto* »).

Vamos, pues, a poner fin a esta conversación corrigiendo la falsa concepción que se tiene del creyente como si éste fuese necesariamente un reaccionario, un conformista de profesión, un extraño a la vida moderna, un insensible a los signos de los tiempos, un hombre sin esperanza.

Hay que decir, más bien, que el creyente es un hombre que vive de esperanza, ya que su misma salvación cristiana, iniciada aquí abajo, pero aún incompleta, es un don que tiene que ganar, es una meta que ha de alcanzar; pues con créditos, es decir, sólo « en esperanza estamos salvos » (*Rom* 8,24); y, si su postura es la de procurar no caer en el devorador relativismo de nuestro tiempo, ni ceder a la búsqueda ciega de aquellas novedades que carecen de coherencia con la tradición católica, no por ello debe ser considerado un reaccionario ante la renovación y ante el progreso realizado en conformidad con los planes divinos, sino más bien un promotor activo e inteligente, porque él es hombre de Esperanza.

Reflexionad un poco sobre estos problemas. Con nuestra bendición apostólica.

3. El Concilio nos ha llamado de nuevo a la virtud personal y eclesial de la pobreza

Catequesis del Papa en la audiencia general del miércoles, 24 de junio

Nuestro estudio del espíritu del Concilio, ese espíritu que debe formar en nosotros una nueva y auténtica mentalidad cristiana y expresarse en un nuevo estilo de vida eclesial, nos conduce fácilmente al tema de la pobreza.

La lección del Concilio

Se ha hablado mucho de ella. Inició el tema nuestro venerado predecesor, el Papa Juan XXIII con el radiomensaje a los católicos de todo el mundo, un mes antes del Concilio, refiriéndose ya entonces a los problemas que la Iglesia encuentra frente a sí, dentro y fuera de su ámbito,

y afirmando que « la Iglesia se presenta tal como es, y tal como quiere ser, como la Iglesia de todos y en particular la Iglesia de los pobres » (AAS, 54, 1962, p. 682). Esta expresión suscitó un eco inmenso. Ella era, a su vez, el eco de una palabra bíblica, llegada de lejos, del profeta Isaías (cfr. Is 58,6; 61,1ss.), y que se apropió Jesús en la sinagoga de Nazaret: « El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres » (cfr. Lc 4,18).

Todos sabemos cuanta importancia ha tenido en todo el Evangelio el tema de la pobreza: comenzando con el sermón de las bienaventuranzas, en el cual los « Pobres de espíritu » ocupan el primer lugar no sólo en el sermón, sino también en el reino de los cielos, para continuar en las páginas que ensalzan a los humildes, a los pequeños, a los enfermos y a los necesitados como a ciudadanos preferidos del mismo reino de los cielos (Mt 18,3) y como a representantes vivientes de Cristo (Mt 25, 40). Por lo demás, el ejemplo, sobre todo el ejemplo, de Cristo es la gran apología de la pobreza evangélica (cfr. 2 Cor 8,9; S. Agustín, *Sermo* 14, PL. 38, 115).

Lo sabemos. Pero haremos bien en recordarlo, precisamente en señal de respeto hacia aquella autenticidad cristiana que todos nosotros andamos buscando bajo los auspicios del Concilio, de acuerdo con las características espirituales de nuestro tiempo.

Jesús se reveló en la pobreza

Este tema es muy amplio; y nosotros no pretendemos en modo alguno desarrollarlo aquí; nos limitamos a recordarlo, por su importancia teológica: en efecto, la pobreza evangélica incluye una rectificación de nuestras relaciones religiosas con Dios y con Cristo, relaciones que nos exigen de manera absoluta clasificar los bienes del espíritu como los más dignos de proponerse a nuestra existencia, a nuestra búsqueda, a nuestro amor: « Buscad primero el reino de Dios » (Mt 6,33); exigencia que en la escala de los valores coloca — ¡y esta es la pobreza! — los bienes temporales, la riqueza, la felicidad presente muy por debajo del Sumo Bien, que es Dios, y de su posesión, que es nuestra eterna felicidad. La humildad de espíritu (cfr. S. Agustín, *Enarr. in Ps. 73*; PL 36, 943) y la templanza, y aún con frecuencia el desapego, lo mismo en la posesión que en el uso de los bienes económicos, constituyen los dos caracteres de la pobreza, que el divino Maestro nos ha enseñado con su doctrina y

más todavía según decíamos, con su ejemplo: socialmente, El se reveló en la pobreza.

Tal como se ve en seguida, este principio teológico, sobre el que se basa la pobreza cristiana, se convierte en un principio moral, que informa la ascética cristiana: la pobreza, vista en el hombre, es, más que un dato de hecho, el resultado voluntario de una preferencia de amor, escogida por amor de Cristo y por su reino, con renuncia, que es una liberación, a la sed de riquezas, que lleva consigo una serie de preocupaciones temporales y de vínculos terrenos, ocupando despotícamente gran espacio en el corazón. Recordemos el episodio evangélico del joven rico, que, colocado en la alternativa de seguir a Cristo abandonando las propias riquezas, prefirió éstas a aquél, cuando el Señor « puso en él sus ojos, le amó » (Mc 10,21) y vió tristemente cómo se alejaba.

Pero el Concilio nos ha llamado de nuevo, más aun que a la virtud personal de la pobreza, a la búsqueda y a la práctica de otra clase de pobreza, la eclesial, la que debe practicar la Iglesia como tal, como comunidad reunida en el nombre de Cristo.

La Iglesia debe ser pobre

Hay en una página del Concilio una expresión significativa a este respecto; la citamos entre otras muchas que sobre este tema se encuentran en los documentos conciliares; dice así: « El espíritu de pobreza y de caridad son gloria y testimonio de la Iglesia de Cristo » (*Gaudium et Spes*, n. 88).

Es ésta una expresión luminosa y vigorosa, que nace de una conciencia eclesial en pleno despertar, ávida de verdad y de autenticidad, y deseosa de liberarse de prácticas históricas que ahora podrían manifestarse disconformes con su idiosincrasia evangélica y su misión apostólica.

Un examen crítico, histórico y moral, se impone para dar a la Iglesia su faz auténtica y moderna, en la que la generación actual desea reconocer la faz de Cristo.

Quienes han hablado al respecto, se han ocupado de forma particular de esta función de la pobreza eclesial, consistente en demostrar la justa visibilidad de la Iglesia (cfr. Congar, *Pour une Eglise servante et pauvre*, p. 107). En este sentido habló especialmente el cardenal Lercaro al final de la primera sesión del Concilio (6 de diciembre de

1962), insistiendo en el « aspecto » que la Iglesia debe hoy presentar a los hombres de nuestro tiempo de manera particular, el aspecto bajo el cual se reveló el misterio de Cristo: el aspecto moral de la pobreza y el aspecto sociológico de su extracción preferente de entre los pobres.

La Iglesia debe aparecer pobre

Todos percibimos la fuerza reformadora, que posee la exaltación de este principio: la Iglesia debe ser pobre; pero hay más: la Iglesia debe aparecer pobre.

Quizá no todos ven cuales son las justificaciones que pueden darse de los diversos aspectos que ha revestido históricamente la Iglesia en el curso de su vida secular y en contacto con particulares situaciones de la civilización; cuando, por ejemplo, la Iglesia se presentó bajo el aspecto de una gran propietaria agrícola, por estar entregada a la reeducación de las poblaciones en el trabajo de los campos; o bien bajo el aspecto de un poder civil, por haberse éste disuelto y ser necesario que alguien lo ejerciera con autoridad humana; o bien cuando, para expresar su carácter sagrado y su idiosincrasia espiritual, adornó con magníficos templos y con ricas vestiduras su culto; o, para ejercitar su ministerio, aseguró pan y decoro a sus ministros; o, para dar impulso a la instrucción o a la asistencia del pueblo, fundó escuelas y abrió hospitales; o también, para identificarse con la cultura de determinados momentos históricos, habló magníficamente el lenguaje del arte (cfr. por ejemplo, G. Kurth, *Les origines de la civilisation moderne*).

Se podría también demostrar fácilmente, en honor de la economía de pobreza de la Iglesia, que las fabulosas riquezas que de cuando en cuando cierta opinión pública le atribuye, no son tales, y resultan con frecuencia insuficientes para las necesidades modestas y legítimas de la vida ordinaria, lo mismo de muchos eclesiásticos y religiosos, que de instituciones benéficas y pastorales. Pero ahora no queremos hacer esta apología.

Exigencias de nuestro tiempo

Aceptamos, por el contrario, las exigencias que los hombres de hoy, especialmente aquellos que miran a la Iglesia desde fuera, le presentan para que se manifieste tal cual debe ser, es decir, ciertamente no como

una potencia económica, ni revestida de apariencias ricas, ni entregada a especulaciones financieras, ni insensible a las necesidades de las personas, de las diversas clases sociales, y de las naciones que viven en la indigencia. Tampoco queremos ahora explorar este campo inmenso del comportamiento eclesiástico. Nos limitamos a indicarlo, para que sepáis que nosotros lo tenemos presente y que estamos ya trabajando en él con reformas ciertamente graduales pero no tímidas.

Nosotros estamos atentos para darnos cuenta de que en un período como el nuestro, todo él absorto en la conquista, en la posesión, en el goce de los bienes económicos, se advierte en la opinión pública, dentro y fuera de la Iglesia, el deseo, casi la necesidad, de ver la pobreza del Evangelio; y notamos también que se la quiere ver sobre todo allí donde se predica el Evangelio, donde se hallan sus representantes; digámoslo claramente: en la Iglesia oficial, en nuestra misma Sede Apostólica.

Hacia una mayor autenticidad

Somos conscientes de esta exigencia, interna y externa, de nuestro ministerio; y con la gracia del Señor, de la misma manera que se han realizado ya muchas cosas en orden a las renunciaciones temporales y a las reformas del estilo eclesial, continuaremos también, con el respeto debido a legítimas situaciones de hecho, pero con la confianza de ser comprendidos y ayudados por el pueblo fiel, en nuestro esfuerzo por superar situaciones no conformes con el espíritu y el bien de la auténtica Iglesia. La necesidad de disponer de « medios » económicos y materiales, con las consecuencias que de ella se derivan; las de buscarlos, pedirlos, administrarlos, nunca debe hacer olvidar el concepto de las « finalidades », a las que aquellos deben servir y de las que deben sentir el freno del límite, la generosidad del empleo, la espiritualidad del significado.

En la escuela del Divino Maestro recordaremos todos que debemos amar al mismo tiempo la pobreza y a los pobres: a la primera, para hacer de ella una austera norma de vida cristiana, a los segundos para hacer de ellos objeto de particular interés, lo mismo si se trata de personas, que de clases sociales o de naciones necesitadas de amor y de ayuda. También de esto nos ha hablado el Concilio. Hemos procurado y seguiremos intentando escuchar su voz.

Pero estas consideraciones sobre la Iglesia de los pobres deberá continuar; para nosotros y para todos vosotros, con la gracia del Señor. Y con nuestra bendición apostólica.

4. Aspectos positivos de un tiempo de prueba

Catequesis del Papa en la audiencia general del miércoles, 15 de julio

En estas audiencias generales hemos hablado muchísimas veces del Concilio, siempre con términos elementales para ponernos al nivel de estos encuentros, breves y familiares; sin embargo, nos damos cuenta de que mucho, casi todo, queda por decir.

Mirada hacia el futuro

Si Dios quiere, seguiremos teniendo ocasiones de volver a esta gran escuela del Concilio para sacar de ella las enseñanzas antiguas y nuevas, y en particular para recibir luces que nos guíen en la obra de «aggiornamento» (por usar la célebre palabra de nuestro venerado predecesor el Papa Juan XXIII, en su discurso de apertura del Concilio Ecuménico), es decir, en la tarea de adaptación de la vida y de la exposición de la doctrina de la Iglesia — salva siempre, por supuesto, la integridad de su esencia y de su fe — a las exigencias de su misión apostólica, de acuerdo con los cambios de la historia y la situación de la humanidad, a la que aquella misión está dirigida.

Pero todos estamos deseando dirigir la mirada desde el Concilio al postconcilio, es decir, a los resultados que éste ha producido, a las consecuencias que de él se han derivado, a la forma como la Iglesia y el mundo han acogido los acontecimientos y las enseñanzas conciliares. El Concilio, como episodio histórico, es ya de ayer; nuestro temperamento moderno nos lleva a mirar hacia el presente, más todavía, hacia el futuro.

Sentido pastoral del Vaticano II

El postconcilio está cobrando ahora un gran interés. ¿Qué efectos ha producido el Concilio? ¿Qué otros puede y debe producir? Todos

estamos convencidos de que los cinco años transcurridos después de la clausura del Concilio no permiten todavía un juicio exacto y definitivo sobre él, sobre su importancia y sobre su eficacia.

Y todos estamos también convencidos de que no puede decirse que el Concilio haya terminado al concluir sus sesiones, como sucede con tantos acontecimientos que el tiempo sepulta a su paso permitiendo a lo sumo que conserven viva su memoria sólo los estudios de las cosas muertas. El Concilio es un acontecimiento que dura, no sólo en la memoria, sino también en la vida de la Iglesia, y que está destinado a durar, dentro y fuera de ella, todavía durante mucho tiempo.

Este primer aspecto del postconcilio merecería amplia consideración, aunque sólo fuera para determinar si la herencia del Concilio es sólo algo que permanece intacto, o si por el contrario es también un proceso en trance de desarrollo; para determinar cuáles son las enseñanzas que nos ha legado para que las consideremos estables y fijas, como en general sucedía después de los antiguos Concilios, que terminaban con definiciones dogmáticas, válidas hoy todavía y para siempre en el patrimonio de la fe; y cuáles son, por el contrario, aquellas otras enseñanzas que él nos ha transmitido para que las desarrollemos y las experimentemos en su fecundidad sucesiva, como es de suponer que son principalmente las del Vaticano II, cualificado más bien como Concilio pastoral, es decir, orientado a la acción. Es éste un examen importante y difícil, que sólo puede realizarse progresivamente, y con la asistencia del magisterio eclesiástico.

Un segundo aspecto, que acapara hoy la atención de todo el mundo es el estado actual de la Iglesia, comparado con el anterior al Concilio. Y como la situación actual de la Iglesia puede decirse caracterizada por tantas agitaciones, tensiones, novedades, transformaciones, discusiones, etc., los pareceres se dividen en seguida: hay quien deplora que se haya perdido la supuesta tranquilidad de ayer, y hay quien, por fin, goza con los cambios en curso; hay quien habla de desintegración de la Iglesia y hay quien sueña con que nazca una nueva Iglesia; hay quien cree que las novedades son demasiadas y demasiado rápidas, y poco menos que subversivas con respecto a la tradición y a la identidad de la auténtica Iglesia; pero tampoco falta quien acusa de lento y perezoso y aun quizá de reaccionario el desarrollo de las reformas ya realizadas o iniciadas; hay quien querría reconstruir la Iglesia de acuerdo con su figura primitiva, « contestando » la legitimidad de su

lógico desarrollo histórico; y hay también quien, por el contrario, querría impulsar este desarrollo por el camino de las formas profanas de la vida corriente, hasta llegar a desacralizar y a secularizar la Iglesia, disgregando sus estructuras a favor de una sencilla, gratuita e inconsistente vitalidad carismática; y así por el estilo.

Hora de tempestad, de transición y de vitalidad eclesial

La hora presente es hora de tempestad y de transición. El Concilio no nos ha dado, por ahora, en muchos sectores, la tranquilidad deseada; sino que por el contrario, ha suscitado turbaciones y problemas, ciertamente no sin importancia para el incremento del reino de Dios en la Iglesia y en cada alma; pero será acertado recordar que éste es un momento de prueba. Quien es fuerte en la fe y en la caridad puede gozar de este riesgo (cfr. II-II, q. 123, a. 8).

No diremos más. Las revistas y las librerías están inundadas de publicaciones acerca de la fase fecunda y crítica de la Iglesia en la estación histórica del postconcilio.

Es necesario vigilar. El Espíritu de ciencia, de consejo, de inteligencia y de sabiduría debe invocarse hoy con particular fervor.

Nuevos fermentos se agitan a nuestro alrededor: ¿son buenos o nocivos? Nuevas tentaciones y deberes nuevos saltan delante de nosotros. Repitamos las exhortaciones de San Pablo: « Estad siempre gozosos. Y orad sin cesar. Dad en todo gracias a Dios, porque tal es su voluntad en Cristo Jesús. No apaguéis al Espíritu. No desprecéis las profecías. Probadlo todo y quedaos con lo bueno. Absteneos hasta de la apariencia de mal » (1 Tes 5,16-22).

Nos limitaremos a añadir simplemente la exhortación a una triple fidelidad. Fidelidad al Concilio: procuremos conocer mejor, estudiar, explorar y penetrar sus magníficas y riquísimas enseñanzas. Es posible que su misma abundancia, su densidad y su autoridad hayan hecho que muchos se desanimaran dejando la lectura y la meditación de tan alta comprometida doctrina.

Muchos de los que hablan del Concilio no conocen sus maravillosos y sólidos documentos. Algunos, a quienes interesa más la « contestación » y el cambio precipitado y subversivo, se atreven a insinuar que el Concilio a estas alturas ya está superado; estos mismos se atreven a pensar que el Vaticano II sólo sirve para destruir, pero no

para construir. Por el contrario, quien quiere ver en el Concilio la obra del Espíritu Santo y de los órganos responsables de la Iglesia (recordemos la cualificación teológica del primer Concilio, que es el de Jerusalén: « *Visum est... Spiritui Sancto et nobis: ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros* » Act 15,28), tomará en sus manos con asiduidad y reverencia el « tomo » del reciente Concilio y procurará convertirlo en su alimento y en ley para su propia alma y para su propia comunidad.

Amar a la Iglesia

Segunda fidelidad. Fidelidad a la Iglesia. Es necesario comprenderla, amarla, servirla y favorecerla. Lo mismo por ser signo e instrumento de salvación, que por ser objeto del amor inmolado de Cristo: Él « *dilexit Ecclesiam et se ipsum tradidit pro ea: amó a la Iglesia y se entregó por ella* » (Ef 5,25). Y también porque nosotros somos la Iglesia, aquel Cuerpo místico de Cristo, en el que estamos vitalmente insertos, y dentro del cual poseeremos nosotros mismos nuestra eterna fortuna. Vosotros sabéis que esta fidelidad a la Iglesia, muchos la traicionan, la discuten, la interpretan a su manera, la minimizan, es decir, ni la comprenden en su profundo y auténtico significado, ni la profesan con el respeto y la generosidad que ella merece, no para mortificarnos, sino para probarnos y honrarnos.

Y por último, fidelidad a Cristo, Todo está aquí. Nosotros nos limitaremos a repetir las palabras de Simón Pedro, del que somos pobre pero auténtico sucesor, y sobre cuya tumba ahora nos encontramos: « Señor, ¿a quien iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna » (Jn 6,69).

Fidelidad a Cristo. Esto debe ser el postconcilio, Hermanos e hijos amadísimos. Con nuestra bendición apostólica.

5. Las tentaciones del ateísmo

Catequesis del Papa en la audiencia general del miércoles, 5 de agosto

Las tentaciones del hombre moderno con relación a Dios y a la religión son muchas y graves. Les dedicaremos apenas una referencia, según es nuestra costumbre en estos breves momentos de audiencia ge-

neral, por supuesto no con la pretensión de dar una respuesta doctrinal a estas tentaciones, sino para que tengáis noticia de ellas, también en este lugar en que ahora estáis, y sepáis defenderos como es debido, estudiando, reflexionando, purificando vuestra mentalidad religiosa, si es necesario, y fortaleciendo con la oración y con la buena voluntad la fe amenazada: « *ut possitis sustinere: para que podáis resistir* » (1 Cor 10,13).

Una época mayor de edad

Enfrentémonos, pues, con una de estas tentaciones, que es temible: Dios y la religion son conceptos superados. Pertenecen a otros tiempos. Nuestro tiempo ha llegado a ser adulto. El pensamiento moderno ha progresado hasta el punto de excluir cualquier afirmación que trascienda la racionalidad científica.

Dios, se dice, es transcendente; por ello, está fuera del campo de los intereses del hombre de nuestro tiempo. Pertenecce al pasado, no al presente y mucho menos al futuro. El movimiento de la civilización camina hacia una secularización creciente y total, es decir, hacia la autonomía de los valores temporales y hacia la liberación de las relaciones que se habian afirmado de ellos. Sin duda alguna, habréis oído hablar de esta tendencia, que en primer lugar distingue las realidades terrenas de sus relaciones superiores y terminales con el mundo religioso; y esto con toda razón (cf. *Gaudium et Spes*, n. 36); pero que, a continuación, llega a limitar dentro del ámbito de estas realidades terrenas todo el saber y todo el interés del hombre, secularizando, laicizando y desacralizando todas las formas de la vida moderna. En ella, la religión no tendría ya ningún puesto, ni alguna razón de ser, como no se la reinterpretase en sentido puramente humanista, de modo que proclame que el hombre es el ser supremo para el hombre (cfr. Marx, Nietzsche, etc.).

El progreso y la historia

Como veis, esta objeción tiene efectos subversivos para nuestra fe, y en estos años es bastante fuerte y está bastante difundida, penetrando hasta en el campo teológico, y, con alguna intención no siempre subversiva, también en el católico.

¿Cuál es su fuerza motriz? Parece que debe identificarse con el movimiento, con la evolución, con el cambio de las ideas resultante del progreso, de las mutaciones de la vida moderna en comparación con la de tiempos anteriores. Nosotros estamos acostumbrados a llamar historia a este flujo de acontecimientos y de costumbres, cuando se refiere a la vida del hombre. La historia, pues, sería la causa fatal de la disolución de la idea religiosa. El sentido de este proceso de las cosas y de los hombres en el tiempo nos colocaría frente a la tentación de clasificar como anticuada, como hoy insostenible y abusivamente supervivente a la religión, y como mítico, es decir, imaginario e irreal, el mismo nombre de Dios. Un hombre religioso sería un reaccionario, un ingenuo al margen de la moda, un ser infeliz, todavía no emancipado de los cepos de una mentalidad superada.

Sería trabajo superfluo el que nosotros nos tomáramos para recordarnos el poder sugestivo que hoy posee esta tentación. Los hechos lo dicen y los libros lo documentan. Los jóvenes en particular están sometidos a la fascinación de esta forma de ateísmo, por la faceta de actualidad de la que está revestido, por la falta de prejuicios, que autoriza y fomenta, y por el aspecto de evidencia elemental, que parece apoyarla. Esta clase de ateísmo sería un signo de progreso mental, causa y efecto del progreso científico, técnico, social y cultural.

La historia, es decir, la evolución, sería el secreto de esta metamorfosis del mundo moderno. En torno al ateísmo se podrían construir disertaciones sin fin, especialmente en el campo especulativo; hay en la literatura católica una rica producción de obras de estudio y de divulgación, que haremos bien en conocer y en valorar. Pero nosotros nos limitamos ahora a considerar el aspecto tentador de la negación de Dios y de nuestras relaciones con El, aspecto causado por lo que llamamos « nuestro tiempo ».

Las modas del pensamiento

Queríamos invitaros a examinar esta expresión. Sería apreciar en poco vuestra inteligencia, pensar que ella sola puede bastar para formar en vosotros una certeza, en especial en un problema de tanta importancia. En el mejor de los casos, puede fundar una presunción de verdad, la de la opinión pública, o la de corrientes filosóficas de pensamiento,

que se suponen válidas. Pero de por sí, la actualidad de una doctrina no basta para darle el título de credibilidad.

Quien se deja conducir por la moda del pensamiento y por la opinión de la masa, con frecuencia no se da cuenta de su propia postura servil: se exalta con las palabras y con las ideas de otros, con las opiniones cómodas, con la renuncia a un esfuerzo mental propio, con la alegría de haberse liberado de la mentalidad de su propio ambiente, con frecuencia no falto de sabiduría y de experiencia, y de dejarse llevar por las ideas triunfantes: ¡y se cree libre!

Pero no se da cuenta de otra debilidad: aquella que consiste en que las ideas triunfantes en un momento dado pueden cambiar con el tiempo, y de hecho cambian; con lo que se expone a que mañana le desmientan y le desilusionen; entonces quizá se sonreirá de sí mismo, o quizá, con mayor razón, deplorará haber abandonado el timón de su propia personalidad en las manos y en el cerebro de otros, ser un hombre fracasado y haber caminado en las tinieblas.

Esperamos, pues, que reflexionen las personas inteligentes. Que reflexionen los jóvenes. Que reflexionen los obreros. Todos debemos reflexionar. Especialmente hoy, en que la idea de « progreso » y de autosuficiencia humana está atravesando una crisis espantosa y encuentra precisamente entre sus fieles seguidores a los « contestadores » más duros y más desesperados.

Actualidad de la fe

Aun en el caso en que fueran diversos los motivos de la repugnancia al Dios de la fe, debemos también reflexionar; al final, el análisis serio y paciente de estos motivos dejará al descubierto sus falacias; y, no sin aquella ayuda, que no puede faltar, del mismo Dios que ponemos en duda (cfr. San Ireneo: no podemos sin Dios conocer a Dios; *Adv. Haer.*, IV, 5,1), nos daremos cuenta de que El no es aquel fantasma que el hombre ignorante o emotivo se ha formado por sí solo; descubriremos, tal como dice el Concilio en una página maravillosa, « que el reconocimiento de Dios no se opone en modo alguno a la dignidad humana », y que, precisamente de acuerdo con la tena tendencia del hombre moderno a buscar en el tiempo futuro la plenitud de la vida, « la esperanza escatológica no merma la importan-

cia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio » (*Gaudium et Spes*, n. 21).

Leamos otra vez una página del P. De Lubac: « Se rechaza a Dios como a aquél que limita al hombre, y no se ve que precisamente por su relación con Dios el hombre tiene en sí « una cierta infinitud ». Se rechaza a Dios como a aquél que subyuga al hombre, y no se ve que, precisamente por su relación con Dios, el hombre salta por encima de cualquier servidumbre, en particular por encima de la servidumbre de la historia y de la sociedad... » (*Sur les chemins de Dieu*, p. 268).

Dios no está superado. Como tampoco está superada la idea de Dios, con la plenitud de su Ser, con el misterio de su existencia, con la maravilla de su revelación. Sólo es necesario regenerarla en nuestros espíritus que la han ido deformando, profanando, empequeñeciendo, expulsando y olvidando; regenerarla por medio de la investigación, de la fe cristiana y de la caridad ambivalente por encaminarse hacia El y hacia los hermanos, para redescubrir en ella la actualidad por excelencia, la luz del tiempo y la promesa de la eternidad.

Su nombre es « Siempre ».

Digamos también con el cantor bíblico: « Yo bendeciré siempre a Yavé, su alabanza estará siempre en mi boca » (*Salm 32,2*).

Con nuestra bendición apostólica.

6. « Aggiornamento » en la fidelidad, programa del posconcilio

Catequesis del Papa en la audiencia general del miércoles, 12 de agosto

¿Qué decir de la religión? La religión debe renovarse. Este es el convencimiento de cuantos se ocupan todavía de la religión, lo mismo de quienes se hallan fuera de su manifestación concreta: una fe, unas observancias, una comunidad; que quienes se encuentran, por el contrario, dentro de una profesión o de una discusión religiosa. Todo consiste en ver lo que se entiende por renovación.

Actualidad del tema

Hay que renovar la propia conciencia religiosa. Pero esto es más bien un problema que no una objeción; un problema, ciertamente, poli-

facético, polivalente, es decir, que se presenta bajo aspectos muy diversos, con principios, métodos de estudio y conclusiones diferentes y fácilmente opuestas entre sí. La renovación religiosa puede concebirse como un proceso continuo de perfeccionamiento, o, por el contrario, como un proceso rápido de disolución, o también, como un intento de interpretación nueva, de acuerdo con ciertos criterios.

El tema es actual. Todos hemos acogido la prestigiosa palabra « *aggiornamento* » como un programa: programa del Concilio y del Postconcilio; programa personal y comunitario. Señal evidente de que justamente en el corazón mismo de la ortodoxia debe actuar como un fermento vital (cfr. *Mt* 13,33) el impulso de la nueva vida, el aliento animador de la conciencia, la tensión moral y la expresión actual, y, lo mismo que el amor, siempre original.

La religión es vida, y, lo mismo que la vida biológica, debe estar subjetivamente en constante cambio, en una continua purificación y en un ininterrumpido crecimiento. Toda la disciplina del espíritu nos lo recuerda; San Pablo no cesa de repetirlo: « el hombre interior se renueva de día en día » (*2 Cor* 4,16); « despojaos del hombre viejo, viciado por la corrupción del error; renováos en vuestro espíritu y vestíos del hombre nuevo » (*Ef* 4,22-23); más aún, « en todo crezcamos en caridad, llegándonos a aquél que es nuestra cabeza, Cristo » (*Ef* 4, 15), siempre « creciendo en el conocimiento de Dios » (*Col* 1,10), etc.

Esta incesante exhortación significa muchas cosas que nos ofrecen la visión auténtica del hecho religioso: significa que éste nace de comienzos insignificantes y que debe desarrollarse (¿recordáis las parábolas de la simiente? *Lc* 8,5.11. etc.); significa que también él está sometido al peligro de decadencia y de perversión (¿recordáis la polémica de Cristo con los Fariseos? *Mt*. 23,14ss.); significa que con frecuencia está necesitado de reforma, que siempre lo está de perfeccionamiento, y que sólo en la vida futura alcanzará su plenitud.

El auténtico « aggiornamento »

Todo esto es cosa sabida para los discípulos de la Palabra divina y de la escuela de la liturgia y de la vida eclesial. Por ello aceptamos de buena gana el « *aggiornamento* » e intentamos interpretar su significado así como aceptar sus consecuencias renovadoras. Ante todo en

el interior de las almas (*Ef 4,23*); y después, si es conveniente, en las leyes exteriores.

Pero esta renovación no está libre de peligro. Más aún, no está libre de peligros. El primero de ellos consiste en querer el cambio por sí mismo o en quererlo por sumisión al transformismo del mundo moderno; consiste en el peligro de un cambio sin coherencia con la tradición irrenunciable de la Iglesia.

La Iglesia es la continuidad de Cristo en el tiempo. Nosotros no podemos desgajarnos de ella, de la misma manera que una rama, que quiere explotar en las nuevas flores de la primavera, no puede desgajarse de la planta, de la raíz, de la que recibe su vitalidad. Este es uno de los puntos capitales en la historia contemporánea del Cristianismo; es uno de sus puntos decisivos; o se trata de la adhesión fiel y fecunda a la tradición auténtica y autorizada de la Iglesia o de desgajarse de ella con peligro de muerte.

El contacto normal con Cristo no puede darse en quien quiera establecerlo por caminos de propia elección, creando un vacío doctrinal e histórico entre la Iglesia presente y el anuncio primitivo del Evangelio. « El Espíritu sopla donde quiere » (*Jn 3,8*); sí, lo ha dicho el Señor; pero también el mismo Señor ha establecido un vehículo conductor del Espíritu; « recibid el Espíritu Santo » dijo también el Señor resucitado a sus discípulos, « a quienes perdonareis los pecados les serán perdonados y a quienes se los retuviereis les serán retenidos » (*Jn 20, 23*). Sin duda alguna, Cristo sigue siendo el único manantial, la única « vid verdadera »; pero su savia llega a nosotros a través de los sacramentos vitales germinados de ella (cfr. *Jn 15,1ss.*; *Lc 10,16*).

Continuidad y fidelidad eclesial

La Iglesia no es un diafragma divisorio, que interpone un distanciamiento o un impedimento dogmático y legal entre Cristo y sus seguidores del siglo veinte; sino que es el canal, es el pasaje, es el desarrollo normal que une; es la garantía de la autenticidad y de la inmediatez de la presencia de Cristo entre nosotros. « Yo estaré con vosotros... », dijo Cristo al despedirse de los Once, al mismo tiempo que abría delante de ellos la sucesión de los tiempos, « hasta la consumación del mundo » (*Mt 28,20*).

No se puede inventar un nuevo cristianismo para renovar el cristia-

nismo; es necesario serle tenazmente fieles. Y esta estabilidad en el ser, unida a su continuidad en el movimiento y en el desarrollo, esta coherencia, existencial, propia de todo ser viviente, no puede calificarse de reaccionaria, oscurantista, arcaica, esclerótica, burguesa, clerical o con cualquier otro adjetivo despreciativo, como por desgracia la califica cierta literatura moderna llevada por la fobia a todo lo que es del pasado o por la desconfianza contra todo lo que el magisterio de la Iglesia propone como objeto de fe; la verdad está hecha así; permanece; la Realidad divina, que está contenida en ella, no puede modelarse a placer sino que se impone.

Este es el mistero: quien tiene la fortuna de penetrar en él mediante la fe y la caridad, goza de él de manera indecible; posee una cierta experiencia inefable de la efusión del Espíritu Santo.

Es posible que alguien pregunte: ¿Pero entonces, es que ya no hay nada que renovar? ¿El inmovilismo se ha convertido en ley? ¡No! la verdad permanece, pero con exigencia; es necesario conocerla, es necesario estudiarla, es necesario purificarla en sus expresiones humanas; ¡qué renovación lleva consigo todo esto! La verdad permanece, pero es fecunda: nadie puede afirmar que la ha comprendido o definido totalmente con fórmulas que en cuanto a su significado ciertamente permanecen intangibles; la verdad puede presentar aún aspectos que merezcan investigarse; proyecta luz sobre campos diversos, que afectan al progreso de nuestra doctrina; la verdad permanece, pero necesita divulgación, traducción, y formulación en consonancia con la capacidad comprensiva de sus alumnos y estos son los hombres de edades diversas, de culturas diferentes y de varias civilizaciones.

Sano pluralismo

Por tanto, la religión incluye un perfeccionamiento, un crecimiento, una profundización, un conocimiento siempre tenso en la fatiga sublime por mejorar la comprensión o por conseguir una formulación más acertada.

¿No significa esto un pluralismo? Sí, un pluralismo que tenga en cuenta las recomendaciones del Concilio (*Optatam totius*, n. 16; *Gravissimum educationis*, nn. 7, 10), y a condición de que se limite a la manera de enunciar las verdades de la fe y no afecte a su contenido, como afirmó con tanta fuerza y con tanta claridad nuestro venerado Predece-

sor el Papa Juan XXIII, en el célebre discurso de apertura del Concilio (cfr. *A.A.S.* 54, 1962, pp. 790 y 792), refiriéndose tácita pero evidentemente a la clásica fórmula del « *Commonitorium* » de San Vicente de Lérins († 450): las verdades de la fe pueden expresarse de manera diversa, a condición de que se expresen « con el mismo significado » (cfr. *Denz-Sch* 2802). El pluralismo no debe engendrar dudas, equívocos o contradicciones; no debe legitimar un subjetivismo de opiniones en materia dogmática, que comprometería la identidad y por consiguiente la unidad de la fe: progresar, sí, como también enriquecer la cultura y favorecer la investigación; destruir, no.

Deberíamos hablar de muchas otras cosas en torno al tema de la renovación religiosa, por ejemplo, sobre el progreso teológico, sobre las relaciones entre la doctrina religiosa y el ambiente, lo mismo histórico que cultural (tema éste, hoy muy sensible y muy delicado), sobre las enseñanzas morales de la Iglesia y las costumbres humanas en mutación, etc.

Pero deberemos contentarnos con la referencia que acabamos de hacer a este gran tema de la renovación religiosa, a fin de que también él sea objeto de alguna reflexión estimulante por vuestra parte y os lleve a apreciar el esfuerzo que está realizando la Iglesia en estos años, con paciente fidelidad y con bondad pastoral, para ofrecer a la fe su celosa protección y su amorosa apertura; y a fin de que no falte vuestra adhesión y vuestro reconocimiento a los maestros de la fe, obispos, teólogos, catequistas.

Con nuestra bendición apostólica.

VIII. NECROLOGIO

P. Virgilio Añoletto

n. en Montebeluna (Treviso - Italia) 17.11.1907, † en Conegliano (Treviso - Italia) 29.3.1970 a 62 años, 39 de prof. y 31 de sacerdocio.

Pasó 20 años en Brasil que tuvo que abandonar por motivos de salud. De ánimo bueno y humilde, gastó todas sus energías en las diferentes actividades que se le confiaron en Brasil. En las casas de Mogliano Véneto y de Gorizia, donde pasó algún período de reposo, edificó a todos con su amabilidad y con su segura guía espiritual en las confesiones.

P. José Arienti

n. en Sereño (Milán - Italia) 10.7.1907, † en Bañolo (Italia) 10.4.1970 a 62 años, 38 de prof. y 31 de sacerdocio.

Completada su formación religiosa y sacerdotal en Argentina, se dedicó por varios años al apostolado parroquial en la Inspectoría de Bahía Blanca, repartiendo con profusión los tesoros de su corazón y de un intenso amor a las almas. Gravemente enfermo volvió a Italia. Fue celoso capellán de las Hijas de María Auxiliadora enfermas en Roppolo, donde se le recuerda con agradecimiento y veneración.

Cl. Restituto Arnanz

n. en Olmillo (Segovia - España) 5.10.1943, † en Madrid (España) 24.5.1970 a 26 años y 6 dí profesión.

De buen espíritu religioso y amante de la Congregación, manifestó hasta el último momento su vivo deseo de prepararse con fervor y generosidad al sacerdocio. El Señor ha preferido el sacrificio de su vida después de una breve pero violenta enfermedad al final de su tirocinio.

Coad. Pedro Assis

n. en Dôres do Campo (Minas Gerais - Brasil) 18.5.1905; † en Campo Grande (Brasil) 17.4.1970 a 64 años y 37 de profesión.

Hermano humilde, sencillo y bueno. Pasó los últimos 20 años en Mato Grosso al servicio del altar como sacristán, primero en la catedral de Cuyabá, y últimamente en la parroquia del colegio Don Bosco de Campo Grande.

Sus características: oración constante y trabajo asiduo y silencioso.

Coad. Felipe Avezza

n. en Mango (Cuneo - Italia) 25.5.1886, † en Canelli (Asti - Italia) 27.5.1970 a 84 años y 61 de profesión.

Alma sencilla y a carta cabal, vivió como buen hijo de Don Bosco en los trabajos del horno y del campo. Los hermanos lo recuerdan con simpatía. De temperamento típicamente campesino se ocupaba continuamente en pequeños y humildes trabajos, que él mismo se buscaba. Con frecuencia se le veía en la capilla, ensimismado en un íntimo coloquio con Dios: en efecto la oración era su ocupación principal.

P. Ricardo Azzolini

n. en Roana (Vicenza - Italia) 19.10.1899, † allí mismo 30.7.1970 a 70 años, 45 de prof. y 36 de sacerdocio.

Vocación tardía, vivió su sacerdocio totalmente dedicado a las almas. Recibió las confidencias de muchas almas que confortó y guió por el camino del bien. Fue devotísimo de la Virgen Auxiliadora y de la Eucaristía, y amó a la Congregación con verdadera predilección, rezando y sufriendo por ella. Murió al improviso, mientras pasaba la convalecencia en el pueblo natal. El Señor le encontró ciertamente, como había estado siempre, vigilante y dispuesto, como el siervo bueno y fiel.

P. José Bertola

n. en S. Sebastián Po (Turín - Italia) 1.5.1884, † en Santiago (Chile) 9.4.1970 a 85 años, 67 de prof., 59 de sac., 18 de Director, y 33 de Inspector.

Al comienzo de su vida sacerdotal partió para la Colombia donde prodigó las dotes de su fuerte personalidad en las casas de formación, consolidando las obras salesianas en aquella república. Nombrado

Inspector, elevó la Inspectoría a un nivel extraordinario en la expansión y afirmación de nuestras obras. Durante la segunda guerra mundial Don Ricaldone lo eligió representante suyo en las Inspectorías de Latinoamérica. Después fue trasladado a Chile donde rigió la Inspectoría por diez años. Con el brio de sus mejores años, supo infundir su entusiasmo en todas las empresas, especialmente en la organización de las asociaciones juveniles, en la formación del personal salesiano y en el cuidado de los Antiguos Alumnos. La figura de este insigne hijo de Don Bosco merece el honor de una biografía que abrazaría más de medio siglo de historia salesiana en las repúblicas en las que prodigó generosamente sus energías.

P. Kevin Byrne

n. en Dublín (Irlanda) 24.12.1920, † en Tehran (Irán) 17.4.1969 a 48 años, 29 de prof. y 22 de sacerdocio.

Estupenda figura de salesiano con auténtico espíritu sacerdotal, Don Byrne fue una de aquellas almas que viven coherentes con su vocación. Agregado, joven aún, a la Inspectoría del Medio Oriente, desarrolló su actividad sacerdotal sobre todo en el Irán. De su Irlanda se trajo una religiosidad convencida y profunda, alegre y serena, mientras como salesiano se mostró siempre afable, lleno de bondad y ternura con todos, sacrificio en el deber hasta la más completa disponibilidad de si mismo: en la escuela y en el juego, en el ministerio del confesonario y de la predicación.

Coad. Bautista Cavagna

n. en S Pellegrino (Bérgamo - Italia) 13.9.1913, † en Buenos Aires (Argentina) 13.6.1970 a 56 años, y 30 de profesión.

Trascurrió su vida salesiana en las escuelas agrícolas, donde supo santificar su trabajo, cumplido con constancia y sacrificio, con un profundo espíritu de piedad.

P. Luis Colli

n. en Gerezano (Milán - Italia) 28.8.1896, † en Lanzo Torinese (Italia) 29.6.1970 a 73 años, 47 de prof. y 44 de sacerdocio.

De ánimo sensible, de vasta cultura, llenó sus días con muchas obras. Los 30 años pasados en el colegio de Lanzo le dieron la posibi-

lidad de entregarse a los demás como profesor, predicador y apreciado director de conciencias según el espíritu de Don Bosco. Muchas personas le están profundamente agradecidas por el inmenso bien recibido.

P. Juan Colombo

n. en Milán (Italia) 18.5.1899, † en L'Aquila (Italia) 10.4.1970 a 70 años, 41 de prof. y 28 de sacerdocio.

Era un obrero antes de entrar en la Congregación. Desempeñó su apostolado por 30 años en Brasil. Trabajó varios años como coadjutor; después en el 1941 fue ordenado sacerdote. En el 1960 volvió de la misión muy débil de salud, pero siguió siendo muy buscado por los jóvenes como confesor.

Coad. Bassiano Cominetti

n. en S. Stefano (Milán - Italia) 16.3.1884, † en Muzzano (Vercelli - Italia) 26.2.1970 a casi 86 años de edad y 58 de profesión.

Este juicio dieron los Superiores de sus primeros años de vida religiosa: « Verdaderamente sencillo de corazón, todo trabajo y piedad ». Y así se conservó durante toda su vida religiosa, que pasó casi siempre como cocinero y al final como hortelano. Era constante y cuidadoso en su trabajo procurando contentar a los hermanos y los muchachos con su puntualidad y con sus habilidades. Y todo este trabajo estaba envuelto en una atmósfera de oración, de silencio y de alegría, que hacía reflejar en su sonrisa el candor y la sencillez de su corazón.

P. Julio Costa

n. en Imola (Italia) 11.11.1901, † en Mendal (Garo Hillas - Assam - India) 16.4.1970 a 68 años, 43 de prof. 39 de sac. y 3 de Director.

Después de 45 años de trabajo incansable en el Assam, Don Costa era barbaramente asesinado sin que sepamos los motivos.

Era un estudioso de antropología y de etnología. Con inteligencia y amor estudió las tradiciones de las tribus Khasi, Garo, Mikhir y escribió apreciables monografías; se ocupó de obras sociales en las que prodigó sus preciosas energías. Ultimamente se le confió la organización de los refugiados Garo del Pakistán. Estaba completando el grande

« Proyecto Torino » para su rehabilitación social. Solo la paciencia, la tenacidad, la activa caridad de don Costa podían triunfar contra obstáculos enormes que se oponían a su obra benéfica.

P. Renato Delafosse

n. en Bazouges-la-Pérouse (Ille-et-Vilaine - Francia) 21.11.1902, † en Ressins (Loire - Francia) 19.6.1970 a 67 años, 35 de prof. 28 de sac. y 6 de Director.

Entró en la Congregación a la edad de 30 años, después de haber desempeñado cargos de responsabilidad en la Acción Católica. Siendo ingeniero agrónomo, pasó 18 años en nuestra escuela agrícola de Ressins, donde se dedicó a la instrucción y a la formación moral de los alumnos. La presencia en su funeral del Obispo auxiliar de S. Etienne, de muchos sacerdotes y de una multitud de exalumnos y amigos, demuestra la estima y el éxito de su trabajo educativo.

P. José de la Maestra

n. en Basagliapenta (Udine - Italia) 4.8.1907, † en Verona (Italia) 8.4.1970 a 62 años, 45 de prof. y 37 de sacerdocio.

Era uno de los salesianos más conocidos y estimados de Verona. Su clarividencia y atenta sensibilidad a los cambios de la sociedad le indujeron a modificar la tradicional disposición escolástica del « Don Bosco » parificando primero el Instituto técnico comercial y después el Liceo científico.

Era la personificación del optimismo, fundado en la fe en Dios y en la confianza en los hombres. Alumnos y exalumnos llevan impresa en el corazón «su querida imagen paterna».

Coad. Joaquín Devalle

n. en Belvedere Langhe (Cuneo - Italia) 10.1.1889, † en Bañolo (Italia) 10.4.1970 a 81 años de edad y 45 de profesión.

Después de las primeras experiencias en tierras de misión fue destinado a Manaus encargado del suministro y envío de mercancías a las misiones del Río Negro. Correspondió fielmente a la confianza que en él depositara el llorado Mons. Massa. En su delicada misión hizo un verdadero apostolado, sostenido siempre por su fervor religioso alimentado por las devociones a María Auxiliadora y a S. Juan Bosco.

P. Calógero Di Giorgi

n. en Ribera (Girgenti - Italia) 18.2.1885, † en Santiago (Chile) 1.5.1969 a 84 años, 58 de profesión y 49 de sacerdocio.

P. Félix Domínguez Marrero

n. en Maiquetía (Caracas - Venezuela) 21.2.1891, † en Caracas 31.7.1969 a 79 años, 28 de prof. y 54 de sacerdocio.

Después de haber ejercitado el ministerio parroquial y desempeñado importantes cargos en la Curia Metropolitana de Caracas, entró en la Congregación salesiana, dedicándose sobre todo al trabajo en las misiones. Sus virtudes principales fueron: obediencia ejemplar a su obispo y a sus superiores religiosos; humildad profunda prefiriendo siempre el trabajo duro y escondido; celo misionero, gastando 20 años de su vida entre los infieles.

Cl. Andrés Fabianowicz

n. en Gaworzec Dolny (Warszawa - Polonia) 12.7.1947, † en Czerwinsk (Polonia) 9.7.1970 a 23 años de edad y 6 de profesión.

Murió ahogado en un río mientras se empeñaba en salvar a un muchacho. Amó mucho a la Congregación. Deja un edificante recuerdo de su profunda piedad y de su celo en el trabajo. Era un clérigo que daba óptimas esperanzas para el porvenir. El sentido de responsabilidad y la caridad lo empujaron al sacrificio de su juventud.

P. Juan Fissore

n. en Bra (Cuneo - Italia) 12.1.1922, † en Turín 19.4.1970 a 48 años, 31 de prof. y 22 de sacerdocio.

Entregado sin reservas a la enseñanza toda su vida, supo transmitir con corazón de apóstol, junto al sentido de la belleza y de la verdad, el sentido de Dios. Imitando a Don Bosco amó a los jóvenes y fue amado por ellos. Hermanos, exalumnos y parientes recuerdan su bondad sencilla, su serenidad constante y su humana comprensión. Es y seguirá siendo llorado y amado.

P. Jorge Fuchs

n. en Obersaasheim (Haut-Rhin - Francia) 26.3.1882, † en Landser (id. id.) 5.4.1970 a 88 años, 66 de prof. y 57 de sacerdocio.

Terminado el noviciado en Avigliana, donde recibió el hábito talar de manos de D. Rua, se fue a la Argentina donde completó su formación hasta el sacerdocio. Vuelto a Europa por la guerra, trabajó primero en la parroquia y después en algunas casas de Francia y de Africa del Norte. Hablaba con propiedad el alemán, el español, el italiano, el portugués. Fue un sacerdote celoso, un hermano simpático y un grande trabajador.

P. Jorge Galeone

n. en Cisternino (Bari - Italia) 20.4.1890, † en Corigliano (Lecce - Italia) 9.8.1970 a 80 años, 56 de prof. y 48 de sacerdocio.

Sencillo y sereno se ganaba la amistad de cuantos lo trataban porque tomaba enseguida parte en las tristezas y en las alegrías de los demás. Impedido en sus actividades por la salud, no ahorrraba fatigas en el ministerio de las confesiones; se le recordará por su celo incansable por el bien de las almas.

P. Eugenio Giovannini

n. en Rizzolaga (Trento - Italia) 7.8.1911, † en Verona (Italia) 12.3.1970 a 58 años, 38 de prof. y 29 de sacerdocio.

Fue un educador ejemplar, de ánimo bondadoso, jovial y sereno, humilde y activo, que le ganó muchos amigos en todas partes. Su actividad específica era el cuidado de los miles de exalumnos que había sabido organizar y unir tan maravillosamente. Mons. Carraro lo define: « distinguida figura de educador amado y estimado, que Verona recordará con perenne agradecimiento ».

Coad. Manuel Gómez Fuentes

n. en Alameda (Málaga - España) 11.1.1898, † en Sevilla (España) 2.9.1969 a 71 años de edad y 49 de profesión.

Salesiano de obediencia heroica, fue cocinero improvisado, perfeccionándose con el tiempo; fue como misionero a la Australia, cuando deseaba y había pedido ir a América latina. Pocos años después la debilidad de la salud le hizo volver a la Patria. Ejerció los oficios más humildes, siempre con alegre sencillez. Se le encontró muerto en el lecho y bien compuesto como un santo que espera la muerte con su habitual sonrisa en los labios. Era la imagen del siervo bueno y fiel que el Señor encontró con la lámpara encendida.

P. Diego Grammatica

n. en Caltagirone (Italia) 10.12.1885, † en Bahía Blanca (Argentina) 6.4.1970 a 84 años, 57 de prof. 61 de sac. y uno de Director.

Emigrante ya en tierna edad, entró enseguida en la Congregación salesiana, que trabajaba en las misiones de la Patagonia. Comenzó así su vida de apostolado para el bien de las almas con grande espíritu de trabajo, de humildad y con solícito celo sacerdotal. Dedicó los últimos años de su vida a la difusión de la buena prensa y a dar testimonio de caridad cristiana entre las familias de la parroquia S. Juan Bosco de Bahía Blanca.

Coad. Raimundo Guerillot

n. en Poligny (Jura - Francia) 11.5.1905, † en Marsella (Francia) 24.4.1970 a 64 años de edad y 42 de profesión.

Hermano muy servicial y amante de la Congregación. Después de haber dado clase muchos años, en los últimos fue ayudante del ecónomo en varias casas, entre ellas el estudiantado teológico de Fontanières. Fue muy querido de los alumnos y hermanos por su bondad. Fue un grande trabajador que no ahorró sacrificios y estaba siempre disponible.

P. Juan Bautista Guglielmetto

n. en Bruzolo (Turín - Italia) 20.11.1893, † en Turín 19.3.1970 a 76 años, 58 de prof. 48 de sac. y 12 de Director.

Fue el religioso y el sacerdote del « sí », tanto en Estados Unidos donde desarrolló el ministerio sacerdotal y educativo entre el 1921 y el 1935, como en Italia donde se hizo disponible a cualquier ocupación en varias casas del Piemonte. No se rindió a compromisos ni como simple religioso ni como superior. Duro y exigente consigo mismo, procuró mitigar esa rigidez con los demás. Pobre, frugal, piadoso, observante, fue la encarnación de la regla y de la fidelidad a Don Bosco, aprendida en la escuela viviente de Don Rua y de los primeros salesianos.

P. Francisco de la Hoz

n. en Santander (España) 4.6.1901, † en Sevilla (España) 10.2.1970 a 68 años, 46 de prof. 38 de sac. y 16 de Director.

Señera figura de salesiano culto, apostólico, trabajador incansable. Literato eminente fue miembro de número de la Real Academia de

Buenas Letras. Escribió diversas obras de argumento prevalentemente salesiano. Como Director reconstruyó la iglesia de la casa de Ronda después de la guerra del 1936-39. Como educador su obra magna fue la Residencia para universitarios que puso en marcha en Sevilla y dirigió los primeros años.

Don Francisco se sintió animador espiritual de la sociedad en que vivió: Cofradías, universidad, Curia diocesana, seminario, hospitales. Fue un enamorado de la Eucaristía y de la Virgen Auxiliadora; era socio activo de la Adoración nocturna. Hacemos nuestro el juicio del Cardenal de Sevilla: « Lo he tratado mucho a lo largo de mis quince años en Sevilla; siempre he visto en él muchísimas cualidades de virtud, ciencia, prudencia, laboriosidad, espíritu de sacrificio, colaboración y ayuda en este ejemplarísimo salesiano ».

P. Emilio Jacqmin

n. en Nafraiture (Bélgica) 7.12.1883, † en Bovigny (Bélgica) 17.8.1970 a 86 años, 54 de prof. 48 de sac. y 2 de Director.

Vocación adulta, quiso seguir todo el curriculum de los estudios como los más jóvenes. « ¡Oh si pudiese celebrar aunque fuera solo una santa misa! » decía. Murió durante una peregrinación en honor de la Virgen mientras recitaba el Ave María.

P. Ignacio Knorr

n. en Pinkóc (Vas - Hungría) 25.7.1895, † en Pannonhalma (Hungría) 10.7.1970 a 74 años, 53 de prof. 43 de sac. y 6 de Director.

Piadoso, inteligente, de carácter humilde y bondadoso, dado a la literatura y a los estudios. En los años de la dispersión, hizo buenos servicios como capellán y administrador en la archidiócesis de Eger, hasta que en el 1965 se retiró al Hospicio Social de religiosos ancianos e inválidos de Pannonhalma.

Coad. Juan Lagorio

n. en Benavides (Buenos Aires - Argentina) 30.7.1886, † Alta Gracia (Argentina) 19.6.1970 a 83 años de edad y 61 de profesión.

Fue religioso ejemplar, fiel y responsable hasta el escrúpulo en sus deberes, trabajador sacrificado e incansable, humilde y modesto en sus actuaciones y triunfos, de profunda espiritualidad y hombre de oración.

P. Pedro Lajolo

n. en Vinchio d'Asti (Italia) 2.1.1884, † en Milán (Italia) 12.4.1970 a 86 años, 67 de prof. 58 de sac. y 6 de Director.

El « Da mihi animas » de Don Bosco fu verdaderamente la pasión incontenible de don Lajolo, pero su fuerte espíritu salesiano se manifestó también en cualquier otra expresión de vida: en la pobreza, en la bondad y tolerancia, en la filial devoción a María Auxiliadora, en la observancia sincera de la Regla y especialmente en su espíritu juvenil y en el sentido común que, aun en estos últimos tiempos de profundas trasformaciones, le permitía intuir y aceptar cuanto hubiese de válido en las novedades que se iban proponiendo. Los largos años que pasó como Director y después como párroco en Milán, dejaron profundas huellas de bien en todos, especialmente en los jóvenes.

P. Teopompo Leonatti

n. en Turín (Italia) 6.11.1882, † en Collesalveti (Livorno - Italia) 20.5.1970 a 87 años, 63 de prof. 56 de sac. y 6 de Director.

Alma trasparente, habitualmente sereno, sabía contagiar con su optimismo a todo el que se le acercaba. Amó intensamente su sacerdocio y la vida salesiana, en la que se prodigó, con una disponibilidad conmovedora, especialmente en el apostolado de la escuela y en el ministerio de las confesiones.

P. Buenaventura Li Pira

n. en Collesano (Palermo - Italia) 13.1.1911, † en Catania (Italia) 28.6.1970 a 59 años, 42 de prof. 30 de sac. y 6 de Director.

Muy abierto a las necesidades de los tiempos, cultivó los estudios que más respondían a las necesidades del apostolado moderno. Supo estar cerca del doliente, del que buscaba solución a un problema espinoso, de quien buscaba la fe. Era el salesiano más popular de Catania, conocido y estimado por su amabilidad de trato y por su bondad, siempre con la sonrisa que infundía confianza y respeto. Su muerte imprevista, colapso cardíaco, ha ocasionado un profundo dolor.

P. Salvador Lo Giudice

n. en Certuripa (Catania - Italia) 28.2.1910, † en San Gregorio (Catania) 3.6.1970 a 60 años, 43 de prof. 36 de sac. y 6 de Director.

Su familia dio tres hijos a la Congregación. Doctorado en Ciencias Naturales, pasó gran parte de su vida salesiana como consejero escolástico en el estudiantado filosófico de S. Gregorio, distribuyendo los tesoros de su ciencia poco común, y los de la santidad de su vida, especialmente en este último año, aceptando con resignación ejemplar los grandes sufrimientos de su larga y penosa enfermedad.

P. Adalberto Ludwig

n. en Mainz-Gonsenheim (Alemania) 27.2.1905, † en Helenenberg (Alemania) 10.8.1970 a 65 años, 39 de prof. y 31 de sacerdocio.

Desarrolló una incansable actividad sacerdotal, muy fructífera, en las casas de Múnich, Wiesbaden y últimamente en Helenenberg, donde el Señor lo llamó para darle el premio del Cielo después de tantos sufrimientos soportados pacientemente en los últimos diez años. Fue obrero del Padre celestial, desinteresado y diligente en el apostolado entre la juventud y el pueblo, resignado en todo a la voluntad de Dios.

P. Juan Magdič

n. en Renkooci (Prekmurje - Yugoslavia) 11.4.1911, † en Turín 1.5.1970 a 59 años, 39 de prof. y 30 de sacerdocio.

De su patria, Yugoslavia, vino a Italia todavía muchacho para realizar el sueño de sus aspiraciones a la vida religiosa. Y en la familia de D. Bosco encontró su clima propicio. De carácter alegre y vivaz, fue educador y docente en varias casas de Italia y Suiza, hasta que fue llamado en el 1956 a la Casa Generalicia, como agregado a la Oficina de la Prensa, donde fue fidelísimo a su trabajo durante 14 años, cumpliéndolo con humildad y puntualidad. Una enfermedad insidiosa, que se manifestó al improviso, dio la medida de la virtud de este querido salesiano, que acabó su jornada terrena el 1º de mayo, fiesta de S. José obrero.

P. Carlos Martinotti

n. en Pontestura (Alejandría - Italia) 5.4.1916, † en Turín 6.6.1970 a 54 años, 35 de prof. 24 de sac. y 20 de Director.

Maravillosa figura de salesiano según el corazón de Don Bosco, sacerdote piadoso, diligente, humilde, educador dedicado completamente a los jóvenes para hacerlos buenos y fuertes, Director sacrificado,

comprensivo, sonriente. En los colegios en que fue Director demostró con hermanos y alumnos un corazón bueno y delicado rebosante de atenciones. Joven todavía, un accidente de carretera le troncó su inteligente actividad, mientras le sonreía un porvenir apostólico fecundo. Deja un profundo dolor en cuantos lo conocieron y amaron.

P. Herminio Mascagni

n. en Montese (Módena - Italia) 7.7.1923, † en la Guaira (Venezuela) 26.1.1970 a 46 años, 30 de prof. y 20 de sacerdocio.

Ejercitó su apostolado sacerdotal en las casas de Cali, Ibagué, Bogotá, Pereira y La Ceja. Deja un grande ejemplo de trabajo.

Coad. Romano Micheletti

n. en Imer (Trento - Italia) 18.4.1906, † en Bolonia (Italia) 11.12.1969 a 65 años de edad y 45 de profesión.

Su dote fue la disponibilidad: las numerosas necesidades de las casas hicieron que fuera el factotum muy solicitado, no obstante haber aprendido el arte de la encuadernación. Como enfermero pudo ejercitar por muchos años la caridad cristiana y una grande paciencia; como proveedor fue escrupulosísimo en la administración. Aparentemente rudo, se descubría en él un corazón sincero y una grande entrega a su misión.

P. Armando Milford

n. en Rio de Janeiro (Brasil) 22.5.1894, † en Londres (Inglaterra) 30.12.1969 a 75 años, 56 de prof. y 44 de sacerdocio.

Ordenado sacerdote en Turín, trabajó algún año en Italia y en Portugal y después pasó a la Inspectoría anglo-irlandesa. Muy estimado como concienzudo profesor hasta la edad de setenta años. Era muy querido de todos: hermanos, jóvenes y sus padres, exalumnos... También le llamaban « amigo, padre y bienhechor » de sus compatriotas residentes en Londres.

P. Hermenegildo Murtas

n. en Uras (Cagliari - Italia) 28.12.1908, † en Castellammare di Stabia (Nápoles - Italia) 1.7.1970 a 61 años, 44 de prof. 36 de sac. 14 de Director y 6 de Inspector.

Los numerosos hermanos que tuvieron la fortuna de tratarlo, le recordarán como « maestro de vida ». Docente seguro y profundo, sabía

decir a todos una palabra clara, fruto del contacto continuo con los Padres de la Iglesia y de la Congregación, del espíritu de oración que le era habitual. Salesiano muy estimado, gastó sus energías en las casas de formación, en el estudio de la espiritualidad salesiana, en profundizar el espíritu de D. Bosco. Superior prudente y experto, dio a todos ejemplo de trabajo sacrificado, aun cuando su precaria salud le habría impuesto un necesario reposo. Sacerdote siempre dispuesto al ministerio, en estos últimos años fue confesor muy apreciado y buscado, no solo en la comunidad de nuestros estudiantes teólogos, sino también por los sacerdotes de la diócesis, quienes lo pudieron conocer en el consejo Presbiteral del que era miembro. Incluso su serena y silenciosa muerte, preparada con tiempo y casi esperada, queda como la última preciosa enseñanza.

P. Fernando Navárlaz

n. en Montevideo (Uruguay) 6.6.1885, † Montevideo 30.5.1970 a casi 85 años, 68 de prof. 61 de sac. y 3 de Director.

D. Fernando ha dejado un grande vacío en los Talleres Don Bosco; fue asistente y consejero en los tiempos heroicos de esta obra salesiana, enteramente consagrado a los « artesanos ». Fué fiel a si mismo y coherente con su fuerte complexión y exuberante personalidad. Llenó todos los rincones con su presencia austera en los momentos de trabajo y de orden, con su gracia y alegría en los recreos y fiestas, con el canto y la música. Conservó siempre un espíritu joven, serio y jovial, ganándose el afecto de todos.

P. Francisco G. Nee

n. en Jamaica Plain (Massachussets - USA) 11.3.1929, † en Ipswich (USA) 3.4.1970 a 41 años, 20 de prof. y 10 de sacerdocio.

Era un hombre obediente; por esto su vida era tranquila, aun cuando, hace cinco años, después de una operación quirúrgica por carcinoma, su salud empeoraba con parálisis parcial. Trabajó siempre hasta el final, como asistente, secretario... Amaba la vida de comunidad; era exacto, dispuesto, siempre presente. Celebró su última Misa el domingo de Resurrección y murió pocos días después, muy amado por todos.

P. José Nemček

n. en Frivald (Eslovaquia) 5.3.1915, † Santiago (Chile) 8.10.1969 a 54 años, 33 de prof. y 22 de sacerdocio.

De veinte años salió de su patria para Chile donde trabajó hasta el final a pleno rendimiento. Aun la víspera de su muerte quiso dar clase, aunque se sentía ya muy mal, después de una noche insomne. Deja un admirable ejemplo de humildad, de amor y celo misionero, especialmente hacia los oratorianos y hacia sus alumnos, que le tuvieron por muchos años como catequista y consejero escolástico diligente y estimado.

Coad. Nicolás Odone

n. en Bossiglione Inferiore (Genova - Italia) 30.3.1877, † Bañolo (Italia) 2.8.1970 a 93 años de edad y 71 de profesión.

Simpática figura la de este coadjutor, que emitió sus votos perpetuos en manos de D. Rua en 1899. En el largo período de enfermedad en las casas de Piosasco y Bagnolo, mostraba un interés verdaderamente filial por las obras de la Congregación en el mundo, y ocupaba gran parte del día en la lectura de las Memorias Biográficas, del Boletín salesiano y de nuestras publicaciones. Le gustaba recordar con su buena memoria agradables episodios de vida salesiana y muchos superiores y hermanos conocidos en el Oratorio, en Italia y en Chile donde estuvo trabajando varios años.

P. Luis Ornaghi

n. en Lissone (Milán - Italia) 12.9.1906, † en Sondrio (Italia) 2.7.1970 a 63 años, 45 de prof. y 39 de sacerdocio.

Había sido responsable de la disciplina en varias casas de la Lombardía. Había vivido entre los jóvenes como profesor cerca de 30 años, pero destacaba sobre todo como hermano y educador atento y delicado, paciente y exigente. En Sondrio era casi desconocido. Su trabajo como guía espiritual tenía lugar en la intimidad del confesionario, donde muchos, sin conocerlo personalmente, se ponían en contacto con un alma sacerdotal comprensiva, solícita y amable.

P. Luis Pedotti

n. en Buenos Aires (Argentina) 27.5.1903, † allí mismo el 12.2.1970 a 66 años, 50 de profesión, 40 de sac. y uno de Director.

Fue competente y meticuroso profesor de varias materias, especialmente de ciencias exactas; supo ganarse el afecto y la estima de sus colegas y alumnos con sus buenos modales cordiales y sencillos. Cumplió bien siempre la obediencia, entregándose generosamente al ideal salesiano.

P. Estanislao Plywaczyk

n. en Jedlec (Polonia) 10.11.1880, † en Kopiec (Polonia) 4.12.1969 a 89 años, 70 de prof. 63 de sac. 33 de Director y 14 de Inspector.

Fue uno de los más distinguidos hermanos polacos. La vida práctica salesiana la comenzó en Oswiecim, siendo uno de los fundadores de la primera casa salesiana en Polonia; fue allí director en 1908, y después maestro de novicios. Fue el primer Inspector en Hungría, y después el primer Inspector de Polonia del Norte. Como Director del estudiantado teológico, después del azote del 1939, fue por varios años educador de las nuevas generaciones de salesianos, hasta que enfermo tuvo que retirarse.

De carácter comunicativo, jovial y alegre, era tratado siempre con filial afecto por los hermanos, que veían en él una verdadera encarnación del ideal de Don Bosco, según el modelo representado por Mons. Cagliero.

P. Carlos Ravalchini

n. en Roncofreddo (Forlì - Italia) 31.7.1933, † en Bolonia (Italia) 9.8.1970 a 37 años, 14 de prof. y 4 de sacerdocio.

Vivió su sacerdocio en el sufrimiento, pero con entusiasmo donándose por completo. Estimulado por el deseo de difundir el bien, era audaz en la adaptación al Concilio de conceptos y métodos de antaño. Celebraba el santo Sacrificio siempre como si fuese su primera Misa. D. Carlos amó de modo especial a los jóvenes de su Oratorio, a los que prefería presentarse como sacerdote y director de sus almas.

P. Otón Riedmayer

n. en München (Alemania) 6.10.1901, † en Bamberg (Alemania) 29.3.1970 a 68 años, 43 de prof. 37 de sac. y 14 de Director.

Durante el noviciado se fue a las misiones. Después de algunos años en el Perú, como secretario de Mons. Ortiz y después catequista

y maestro, pasó 20 años misionero entre los Jíbaros. Allí contrajo una enfermedad que no lo abandonó en toda su vida. Estuvo siempre a disposición de las almas que el Señor le confió. Vuelto a la patria enfermo, pasó los últimos años sacrificándose por los demás.

Coad. Eduardo Riva

n. en Monza (Milán - Italia) 16.12.1894, † en Vallecrosia (Italia) 15.6.1970 a 75 años de edad y 42 de profesión.

Muy trabajador y polifacético, fue por muchos años un precioso « factotum » en nuestras casas, impregnando su incansable actividad de un profundo sentido religioso. Su continuo buen humor y su sencillez hacían amable su compañía y daban eficacia a su ejemplo de fiel observancia.

Coad. Juan Bautista Rossotti

n. en Sale Langhe (Cuneo - Italia) 26.3.1910, † en Bañolo (Italia) 15.8.1970 a 60 años de edad y 39 de profesión.

Se puede afirmar que gastó sus 40 años de vida salesiana en el arte tipográfica, dirigiendo con cariño y competencia las escuelas tipográficas de S. Benigno Canavese, de Turín-Casa Madre, y en la creación y organización del taller lito-tipográfico en el Colle Don Bosco, durante el turbulento período de la segunda guerra mundial. Desde el 1945 al 1950 fue director técnico inteligente y genial de la Políglota Vaticana, donde su pericia fue muy apreciada aun por los más altos prelados pontificios y merecidamente premiada con la insignia de Comendador. En su trabajo fue siempre fiel al espíritu y a los criterios de nuestro Santo Fundador en el apostolado de la Buena Prensa.

P. José Ruggeri

n. en Trecastagni (Catania - Italia) 23.9.1901, † en Gela (Caltanissetta - Italia) 21.7.1970 a 68 años, 52 de prof. y 43 de sacerdocio.

Recibió como un don de Dios su vocación, que maduró en un ambiente familiar privilegiado. Los siete miembros de la familia Ruggeri se consagraron a Dios: tres sacerdotes salesianos, de los cuales uno misionero, tres Hijas de María Auxiliadora y una Carmelita. Su vida estuvo escondida con Cristo en Dios. Llegó a sazón en larguísimos años de sufrimientos, buena parte de ellos fuera de comunidad, su

encuentro supremo con el Padre. Vuelto a la comunidad fue de ejemplo a todos por su obediencia.

P. Calixto Schincariol

n. en Pescinanna (Fiume Veneto - Italia) 15.4.1907, † en Comodoro Rivadavia (Argentina) 24.3.1970 a 62 años, 45 de prof. 37 de sac. y 6 de Director.

Ya desde su juventud sus actuaciones tenían el carisma de una personalidad altamente humana, dando ejemplos de apostolado duradero y entusiasta, y dando auténtico testimonio de Cristo. Derramó por doquier la semilla de un cristianismo vivido intensamente, que sobrepasó, con la presencia y el testimonio, los límites de los colegios y parroquias donde estuvo destinado.

P. Juan Schmid

n. en Egna (Trento - Italia) 6.11.1902, † en Guayaquil (Ecuador) 19.5.1970 a 67 años, 37 de prof. 30 de sac. y 13 de Director.

En sus queridas misiones de Méndez, Limón y Gualaquiza prodigó su celo apostólico durante 14 años, muy amado y estimado por todos. Desde el 1956, por su delicada salud, lo encontramos en Quito y en Guayaquil, enteramente dedicado al bien de las almas como párroco y confesor. Un mal incurable de garganta lo arrebató a nuestro afecto para conducirlo a los brazos del Padre remunerador.

P. Carlos Schwarze

n. en Hötensleben (Alemania) 24.10.1891, † en Brückenau (Alemania) 21.5.1970 a 78 años, 50 de prof. 44 de sac. y 15 de Director.

Conocida la obra de las vocaciones de adultos, siguió este camino y se hizo sacerdote salesiano. En los primeros años de sacerdocio, dio clase en Marienhausen; después fue prefecto y director del noviciado en Ensdorf; seguidamente dirigió por nueve años la casa de Sannerz, donde pasó los últimos años de su vida.

P. José Siska

n. en Ljubljana (Yugoslavia) 8.1.1886, † en Salvador (Bahía - Brasil) 11.12.1969 a 83 años, 58 de prof. y 47 de sacerdocio.

Desde el 1933 trabajó en Brasil, Amazonia. Fue profesor, consejero, catequista y sobre todo confesor en el santuario de Na.sra.Auxiliadora en Salvador, Bahía, donde recibió la ciudadanía honoraria por sus méritos.

Mons. Emilio Sosa

n. en Asunción (Paraguay) 28.9.1884, † en Ypacaraí (Paraguay) 24.3.1970 a 85 años, 67 de prof. 58 de sac. Fue 12 años Director, 32 Obispo de Concepción y 7 obispo dimisionario.

Dinámico y de grande talento organizador, después de los primeros años de vida sacerdotal fue encargado, con otros dos sacerdotes, de la misión del Chaco, donde de la nada, con indecibles sacrificios, puso las bases para la erección de dos nuevas diócesis. Elegido Obispo de Concepción y Chaco, continuó su obra de difusión del evangelio y de organización de la diócesis.

Sabía estar presente siempre donde urgían las necesidades y los peligros, sosteniendo al clero y a los fieles con su fervor pastoral, con sus inteligentes y solícitas intervenciones, con su inextinguible caridad. Hablan de su actividad, además de la Medalla al Mérito, que le concedió el Gobierno, el desarrollo que dio a la Acción Católica, a la Catequesis, a la Acción social; además el Seminario Menor, y la promoción del Seminario Mayor nacional, la fundación de Escuelas y Liceos parroquiales, y los Ejercicios y retiros espirituales que promovieron una floración de vida cristiana y de vocaciones. Fue activo hasta el final, en un fervor de piedad, de celo, de espíritu salesiano, que hacen destacar su figura y su misión en la historia del Paraguay, de la Congregación y de la Iglesia.

Coad. Pablo Stano

n. en Terchova (Eslovaquia) 1.2.1914, † Chomutov (Boemia) 14.11.1969 a 55 años de edad y 32 de profesión.

Se hizo salesiano en edad madura y desarrolló su apostolado entre los jóvenes aspirante de Sastin como panadero, edificando a todos con su espíritu siempre alegre y trabajador. Su Inspector, dando la noticia de su imprevista muerte, decía así: « Fue de verdad *vir iustus*. Le estábamos preparando un puesto en Eslovaquia en alguna parroquia, pero el Señor le ha preparado uno ciertamente mucho mejor ».

P. Carlos G. Stramucci

n. en Las Palmas (Buenos Aires - Argentina) 23.10.1917, † en Buenos Aires 27.2.1970 a 52 años, 34 de prof. y 23 de sacerdocio.

La Congregación esperaba todavía mucho del talento y del celo pastoral de este sacerdote cuando fue vencido por una dolorosa enfermedad. Especializado en psicopedagogía, desarrolló en un amplio campo su trabajo eficiente y responsable. Predicó retiros, dio conferencias a muchas comunidades que apreciaban su preparación y su disponibilidad para el santo ministerio.

P. Angel Suani

n. en Tabellano (Mantua - Italia) 25.4.1919, † en Guayaquil (Ecuador) 8.6.1970 a 51 años, 33 de prof. y 22 de sacerdocio.

De carácter sencillo, abierto y alegre, era estimado por cuantos lo conocían, especialmente jóvenes, pobres y obreros. Afectado en el 1947 por terrible enfermedad al riñón, recibió la ordenación sacerdotal para que tuviese el consuelo de morir sacerdote. Superada la operación quirúrgica, su robusta constitución y su espíritu alegre y animoso nos lo conservaron a nuestro afecto otros 22 años, que el buen salesiano gastó con celo apostólico para el bien de las almas.

P. Agustín Tomasino

n. en Irigoyen (Santa Fe - Argentina) 22.12.1887, † en Buenos Aires (Argentina) 9.7.1970 a 82 años, 53 de prof. y 44 de sacerdocio.

Después de 20 años de trabajo en las escuelas salesianas, le fue confiado el ministerio pastoral y encontró en él su campo natural de apostolado. Hombre de criterio, preciso y claro, a sabiendas de su responsabilidad, se dedicó con abnegación durante largos años al confesionario y al despacho parroquial, ganándose el afecto de muchas almas.

P. Antonio Tranavicius

n. en Pasvalys (Lituania) 8.11.1909, † en Frascati Italia) 21.4.1970 a 60 años, 38 de prof. y 30 de sacerdocio.

Era uno de los primeros salesianos lituanos atraídos al ideal salesiano por el grande espíritu de Don Antonio Skeltis. Don Tranavicius no pudo volver a su amada patria ni siquiera para la primera Misa. Trabajó 16 años en Portugal hasta que el Rector Mayor Don Ziggotti

abrió el Instituto de Castelnuovo Don Bosco para los Lituanos. Don Tranavicius fue un apóstol solícito hacia los demás, siempre dispuesto al sacrificio, olvidado de sí mismo, pobre, despegado de las cosas de este mundo. Cansado y maltrecho de salud, siguió trabajando hasta que el 21 de abril p.p. en la hora de la comida, fué hallado sin vida, tendido en su cama.

P. Pedro A. Uberti

n. en Battifollo (Cunco - Italia) 8.4.1883, † en Córdoba (Argentina) 23.7.1970 a 87 años, 59 de prof. y 52 de sacerdocio. Fue 3 años Director.

Sobresalió por su incansable celo por la salvación de las almas y por su grande amor a la Congregación. Frente a esos dos amores nada podía moderarlo, ni las contrariedades, ni las enfermedades, ni los años. El decoro de la Casa de Dios, la Liturgia, la predicación, las visitas a los enfermos y el bien que manifestaba para con los jóvenes y los pobres fueron los medios de que se sirvió para volver a Dios a muchas almas alejadas.

P. Everardo Wirdeier

n. en Waltrop (Alemania) 17.1.1906, † en Hessisch-Lichtenau (Alemania) 26.2.1970 a 64 años, 34 de prof. y 20 de sacerdocio.

Inició los estudios como Hijo de María en Essen. Fue muy responsable y dispuesto a cualquier sacrificio como asistente en el colegio de los corrigendos y como sacerdote para los emigrados en Hessisch-Lichtenau, en donde dispensó a todos la palabra de Dios y el servicio de su sacerdocio, en todo momento y en cualquier circunstancia, sobresaliendo en el celo por la atención a los enfermos. Durante mucho tiempo y con verdadera paciencia se purificó con el sufrimiento.

P. Isidro Vitancurt

n. en Rocha (Uruguay) 2.1.1900, † en Montevideo (Uruguay) 7.5.1970, a 70 años, 45 de prof. y 36 de sacerdocio.

Entre los Aspirantes se encontró como en familia y nunca dejó este campo de trabajo, que cultivó con su espíritu de piedad, de sacrificio y de celo humilde; y lo enriqueció con su tradicional alegría.

Fue el hombre del consejo para todas las categorías de personas; le buscaban de un modo especial muchas religiosas.

Coad. Miguel Zabłócki

n. en Czernichwce (Polonia) 11.2.1881, † en Zapatoaca (Colombia) 20.4.1970 a 89 años de edad y 61 de prof.

Aceptado en Congregación por el P. Pedro Tirone, pidió y obtuvo que le enviaran a Colombia, en donde trabajó por algunos años en el leprosario de Caño de Loro, entregándose alma y cuerpo al servicio de los enfermos y a las faenas domésticas.

Enviado luego a otras casas para dirigir los trabajos de construcción, se ganó en todas partes confianza y estima. Acabado el trabajo de cada día se entregaba a la oración y al cuidado de la capilla.

Vivió una vida mística muy intensa. El Sr. Zablocki fue un santo coadjutor que no sobresalió en alguna virtud determinada, sino que las practicó todas en grado heroico.

P. Maximiliano Zachlod

n. en Chorzów (Polonia) 14.12.1911, † en Katowice (Polonia) 3.6.1970 a 58 años, 38 de prof. y 28 de sacerdocio.

P. Zachlod fue siempre joven de espíritu. Alegre, afable en la compañía, apegado a la Congregación, buen pastor de almas; prediligía la « schola cantorum », se prestaba de muy buena gana para el servicio de las confesiones; para los que se acercaban a él era un verdadero Padre y siempre un auténtico sacerdote.

P. Jorge Zmegac

n. en Ladanje-Vinica (Yugoeslavia) 14.4.1915, † en Rijeka (Yugoeslavia) 4.5.1970 a 35 años, 57 de prof. y 27 de sacerdocio.

Siempre alegre, de buen humor, difundía en su derredor el atractivo que le ganaba a los jóvenes, a imitación de Don Bosco y de sus primeros hijos. Acercábase a los jóvenes con entusiasmo poético, especialmente en los años en que se podía trabajar libremente con ellos y era para todos una guía óptima. Las circunstancias externas antes y después la enfermedad inexorable, acabaron en pocas semanas con las hermosas esperanzas que la joven Inspectoría tenía en él.

Coad. José Zublena

n. en Cigliano (Novara) 31.12.1887, † en Cuenca (Ecuador) 12.1.1970 a 82 años de edad y 14 de prof.

Después de 12 años de profesión pidió la dispensa de los votos, pero

casi en seguida volvió a la casa de Don Bosco para vivir como fámulo, trabajando asiduamente en la agricultura. Por más de veinte años insistió para ser nuevamente admitido a los votos, y finalmente en 1968 pudo renovar su profesión.

De piedad sencilla, constante y ejemplar. Tradicional en sus devociones, siempre fiel a la confesión semanal y al Rosario cotidiano.

2° Elenco 1970

N.	COGNOME E NOME	LUOGO DI NASCITA	DATA DI NASC. E MORTE	ETÀ	LUOGO DI M.	ISP.	
39	Sac. AGNOLETTO Virgilio	Montebelluna (I)	17.11.1907	29.3.1970	62	Conegliano (I)	Vn
40	Sac. ARIENTI Giuseppe	Seregno (I)	10.7.1907	10.4.1970	62	Bagnolo (I)	No
41	Ch. ARNANZ Restituto	Olmillo (E)	5.10.1943	24.5.1970	26	Madrid (E)	Ma
42	Coad. ASSIS Pietro	Dôres (BR)	18.5.1905	17.4.1970	64	Campo Grande (BR)	CG
43	Coad. AVEZZA Filippo	Mango (I)	25.5.1886	27.5.1970	84	Canelli (I)	No
44	Sac. AZZOLINI Riccardo	Roana (I)	19. 10.1899	30.7.1970	70	Roana (I)	Vn
45	Sac. BERTOLA Giuseppe	S. Sebastiano Po (I)	1.5.1884	9.4.1970	85	Santiago (RCH)	CI
46	Sac. BYRNE Kevin	Dublino (SE)	24.12.1920	17.4.1969	48	Teheran (Iran)	Or
47	Coad. CAVAGNA Battista	S. Pellegrino (I)	13.9.1913	13.6.1970	56	Buenos Aires (RA)	LP
48	Sac. COLLI Luigi	Gerenzano (I)	28.8.1896	29.6.1970	73	Lanzo To. (I)	Sb
49	Sac. COLOMBO Giovanni	Milano (I)	18.5.1899	10.4.1970	70	L'Aquila (I)	Ad
50	Coad. COMINETTI Bassiano	S. Stefano (I)	16.3.1884	26.2.1970	86	Muzzano (I)	No
51	Sac. COSTA Giulio	Imola (I)	11.11.1901	16.4.1970	68	Mendal (ID)	Ga
52	Sac. DELAFOSSE Renato	Bazouges-la-P. (F)	21.11.1902	19.6.1970	67	Ressins (F)	Ly
53	Sac. DELLA MAESTRA Gius.	Basagliapenta (I)	4.8.1907	8.4.1970	62	Verona (I)	Vr
54	Coad. DEVALLE Gioachino	Belvedere Langhe (I)	10.1.1889	10.4.1970	81	Bagnolo	Mn
55	Sac. DI GIORGI Calogero	Ribera (I)	18.2.1885	1.5.1969	84	Santiago (RCH)	CI
56	Sac. DOMINGUEZ Felice	Maiquetia (VZ)	21.2.1891	31.7.1970	79	Caracas (VZ)	Vz
57	Ch. FABIANOWICZ Andrea	Gaworzec Dolny (PL)	12.7.1947	9.7.1970	23	Czerwinsk (PL)	Ló
58	Sac. FISSORE Giovanni	Bra (I)	12.1.1922	19.4.1970	48	Torino (I)	Sb
59	Sac. FUCHS Giorgio	Obersaasheim (F)	26.3.1882	5.4.1970	88	Landser (F)	Ly
60	Sac. GALEONE Giorgio	Cisternino (I)	20.4.1890	9.8.1970	80	Corigliano (I)	Pu
61	Sac. GIOVANNINI Eugenio	Rizzolaga (I)	7.8.1911	12.3.1970	58	Verona (I)	Vr
62	Coad. GOMEZ Fuentes Emanuele	Alameda (E)	11.1.1898	2.9.1969	71	Sevilla (E)	Se
63	Sac. GRAMMATICA Diego	Caltagirone (I)	10.12.1885	6.4.1970	84	Bahía Blanca (RA)	BB
64	Coad. GUBRILLOT Raimondo	Poligny (F)	11.5.1905	24.4.1970	64	Marseille (F)	Ly
65	Sac. GUGLIELMETTO Gv. B.	Bruzolo (I)	20.11.1893	19.3.1970	76	Torino (I)	Sb
66	Sac. HOZ Francesco	Santander (E)	4.6.1901	10.2.1970	68	Sevilla (E)	Se
67	Sac. JACQMIN Emilio	Nafraiture (B)	7.12.1883	17.8.1970	86	Bovigny (B)	Lb
68	Sac. KNORR Ignazio	Pinkóc (H)	25.7.1895	10.7.1970	74	Pannonhalma (H)	Un
69	Coad. LAGORIO Giovanni	Benavides (RA)	30.7.1886	19.6.1970	83	Alta Gracia (RA)	Cr
70	Sac. LAJOLO Pietro	Vinchio d'Asti (I)	2.1.1884	12.4.1970	86	Milano (I)	Lo
71	Sac. LEONATTI Teopompo	Torino (I)	6.11.1882	20.5.1970	87	Collesalvetti (I)	Li
72	Sac. LI PIRA Bonaventura	Collesano (I)	13.1.1911	28.6.1970	59	Catania (I)	Sc

73.	Sac.	LO GIUDICE Salvatore	Certuripa (I)	28.2.1910	3.6.1970	60	S. Gregorio (I)	Sc
74.	Sac.	LUDWIG Adalberto	Mainz-Gonsenheim (D)	27.2.1905	10.8.1970	65	Helenenberg (D)	Kö
75.	Sac.	MAGDIĆ Giovanni	Renkooci (YU)	11.4.1911	1.5.1970	59	Torino (I)	Cn
76.	Sac.	MARTINOTTI Carlo	Pontestura (I)	5.4.1916	6.6.1970	54	Torino (I)	Sb
77.	Sac.	MASCAGNI Erminio	Montese (I)	7.7.1923	26.1.1970	46	La Guaira (VZ)	Md
78.	Coad.	MICHELETTI Romano	Imer (I)	18.4.1906	11.12.1969	63	Bologna (I)	Lo
79.	Sac.	MILFORD Armando	Rio de Janeiro (BR)	22.5.1894	30.12.1969	75	London (GB)	Ig
80.	Sac.	MURTAS Ermenegildo	Uras (I)	28.12.1908	1.7.1970	61	Castellammare (I)	Cp
81.	Sac.	NAVARLAZ Ferdinando	Montevideo (U)	6.6.1885	30.5.1970	85	Montevideo (U)	U
82.	Sac.	NEE Francesco G.	Jamaica Plain (USA)	11.3.1929	3.4.1970	41	Ipswich (USA)	NR
83.	Sac.	NEMCEK Giuseppe	Frivald (Slov.)	5.3.1915	8.10.1969	54	Santiago (RCH)	Cl
84.	Coad.	ODONE Nicola	Bossiglione Inf. (I)	30.3.1877	2.8.1970	93	Bagnolo (I)	Cn
85.	Sac.	ORNAGHI Luigi	Lissone (I)	12.9.1906	2.7.1970	63	Sondrio (I)	Lo
86.	Sac.	PEDOTTI Luigi F.	Buenos Aires (RA)	27.5.1903	12.2.1970	66	Buenos Aires (RA)	BA
87.	Sac.	PLYWACZYK Stanislaw	Jedlec (PL)	10.11.1880	4.12.1969	89	Kopiec (PL)	Kr
88.	Sac.	RAVALDINI Carlo	Roncofreddo (I)	31.7.1933	9.8.1970	37	Bologna (I)	Ad
89.	Sac.	RIEDMAYER Ottone	München (D)	6.10.1901	29.3.1970	68	Bamberg (D)	Mü
90.	Coad.	RIVA Edoardo	Monza (I)	16.12.1894	15.6.1970	75	Vallecrosia (I)	Li
91.	Coad.	ROSSOTTI Giov. B.	Sale Langhe (I)	26.3.1910	15.8.1970	60	Bagnolo (I)	Li
92.	Sac.	RUGGERI Giuseppe	Trecastagni (I)	23.9.1901	21.7.1970	68	Gela (I)	Sc
93.	Sac.	SCHINCARIOL Callisto	Pescincanna (I)	15.4.1907	24.3.1970	62	Comodoro Riv. (RA)	BB
94.	Sac.	SCHMID Giovanni	Egna (I)	6.11.1902	19.5.1970	67	Guayaquil (EQ)	Qu
95.	Sac.	SCHWARZE Carlo	Hötensleben (D)	24.10.1891	21.5.1970	78	Brückenaud (D)	Kö
96.	Sac.	SISKA Giuseppe	Ljubljana (YU)	8.1.1886	11.12.1969	83	Salvador (BR)	Re
97.	Mons.	SOSA Emilio	Asunción (PY)	28.9.1884	24.3.1970	85	Ypacarai (PY)	Pa
98.	Coad.	STANO Paolo	Terchova (Slov.)	1.2.1914	14.11.1969	55	Chomutov (Boemia)	Bo
99.	Sac.	STRANUCCI Carlo G.	Las Palmas (RA)	23.10.1917	27.2.1970	52	Buenos Aires (RA)	BA
100.	Sac.	SUANI Angelo	Tabellano (I)	25.4.1919	8.6.1970	51	Guayaquil (EQ)	Qu
101.	Sac.	TOMASINO Agostino	Irigoyen (RA)	22.12.1887	9.7.1970	82	Buenos Aires (RA)	BA
102.	Sac.	TRANAVICIUS Antonio	Pasvalys (Lit.)	8.11.1909	21.4.1970	60	Frascati (I)	Ro
103.	Sac.	UBERTI Pietro A.	Battifollo (I)	8.4.1883	23.7.1970	87	Córdoba (RA)	Cr
104.	Sac.	WIRDEIER Eberardo	Waltrop (D)	17.1.1906	26.2.1970	64	Hessisch-Lich. (D)	Kö
105.	Sac.	VITANCURT Isidoro	Rocha (U)	2.1.1900	7.5.1970	70	Montevideo (U)	U
106.	Coad.	ZABLOCKI Michele	Czernichwce (PL)	11.2.1881	20.4.1970	89	Zapatoca (CO)	Bg
107.	Sac.	ZACHLÓD Massimiliano	Chorzów (PL)	14.12.1911	3.6.1970	58	Katowice (PL)	Kr
108.	Sac.	ZMEGAC Giorgio	Ladanje-Vinica (YU)	14.4.1915	4.5.1970	55	Rijeka (YU)	Cz
109.	Coad.	ZUBLENA Giuseppe	Cigliano (I)	31.12.1887	12.1.1970	82	Cuenca (EQ)	Cc